

Dwanelin Barbazul - El medallón de Menthgloom.

Edgar Tudela



Capítulo 1

1. Cuanta más cerveza, mejores historias

Pocos desconocen las bondades de las tierras que se extienden al norte de Cromesk. Sus gentes sencillas, amables y abiertas a los extranjeros —por muy peculiares que estos puedan ser— han sido el principal motivo por el cual muchos guerreros, magos y aventureros en general han decidido, durante las últimas décadas, buscar un tranquilo retiro en ellas.

Estas tierras están dominadas por cuatro pequeñas ciudades dispuestas en sendos puntos cardinales. A sus alrededores se yerguen prósperos pueblos, cuyas tierras cultivan con ahínco y decisión sus joviales habitantes. El suave temperamento de estos viene dado por el hecho de que, en los últimos dos siglos, no han visto ni padecido una guerra.

Ayuda, sin lugar a dudas, el hecho de que el pequeño continente, en forma de península que se abre al extenso océano en su parte más septentrional, está aislado del resto del mundo por La Sierra Montañosa de Doomlu. El único paso a pie que une la península de Evanor con el resto del continente, se dice, está guardado por Cedroth, una antigua criatura nacida en los albores de la creación del mundo; los ciudadanos de Evanor lo llaman El Triste Guardián Alado.

Así pues, puede fácilmente llegarse a la conclusión de que todo el que entra en las tierras que jamás han visto una guerra lo hacen con el beneplácito de esta mágica criatura.

Kera es un pequeño pueblo asentado en la parte más oriental del norte de la península. Oradado en la misma roca, sus enormes calles son profundos y enormes pasillos de piedra pulida. Excavados por expertos mineros en los tiempos cercanos a La Creación de Todo, sus diferentes calles conectan entre sí la laberíntica estructura que conforma el mapa del poblado. De la calle principal, que es tan ancha como para albergar el tranquilo paseo de un par de dragones adultos, emanan multitud de calles secundarias. Estas, a su vez, se ramifican en túneles algo más estrechos —donde podrían caber, como mucho, un ogro y un humano en distendida charla— que desembocan al fin en las intrincadas y cómodas cavidades

que son los hogares, tabernas, comercios y otra suerte de zonas de reunión que habitan los kerenses. Los sistemas de ventilación y calefacción son una red compleja de estrechos túneles que atraviesan, en una suerte de intrincados conductos que conectan con el exterior, la sólida masa de piedra bajo la cual se esconde Kera.

Visto desde la superficie no es más que un bosque de abetos, de frondoso terreno cultivado, habitado por infinidad de animales que viven ajenos al ajetreo que se extiende algo más de medio kilómetro bajo tierra.

Cualquiera que pasease por allí sin dar buena cuenta de las sutiles señales que hay grabadas tanto en piedra como en la corteza de los árboles más viejos del lugar, podría morir de viejo antes de encontrar la entrada que desciende hacia el interior del pueblo. Uno no entra en Kera por azar o por error.

Una figura de estatura media, cubierta por una oscura capa de grueso tejido, se acercó a la última de las señales. Cabeceó un par de veces, asintiendo a sus propias elucubraciones, y torció por una vereda oculta. La hierba que pisaba volvía a erguirse tras sus pasos, ocultando el camino que resultaría demasiado obvio a ojos inexpertos. Tras un recodo formado por un par de jóvenes arboles y una enorme roca de afiladas aristas, la figura se adentró a través de un amasijo de frondosos arbustos. Al cruzar, tras un par de pasos, se detuvo a observar aquel verde y espeso umbral por el que se había deslizado. Bajo la capucha sus ojos brillaron un instante al tratar de entender lo que acababa de ocurrir. No había sentido la más mínima resistencia pero los relucientes matorrales se mostraban tan apretados como antes de cruzarlos.

Se sacudió aquellos pensamientos de la cabeza y, girando sobre sus talones, se dejó llevar por la última pista obtenida. Siguió caminando durante el tiempo establecido y entonces, torciendo de nuevo a la derecha, atravesó un acceso natural que formaban dos viejos árboles de retorcidos y nudosos troncos. A un centenar de pasos en la misma dirección, y en pronunciado descenso, se abrió la enorme oquedad que daba la bienvenida a Kera.

Dwanvelin esperaba en la barra a que le sirviesen su decimoséptima jarra de cerveza de raíz de ánsamo. Fuerte como era aquella bebida, la cantidad que el enano llevaba ingerida habría tumbado a un par de ogros adultos que no estuviesen acostumbrados al brebaje. La jarra golpeó la tabla de madera y Dwanvelin se hizo con ella tan pronto como el tabernero la soltó. Volvió sobre sus pasos hacia la silla de madera en la

que llevaba sentado todo el día y esta, lamentando el peso del enano, emitió un sonoro e interminable crujido.

—¿Por donde iba? —preguntó en voz alta tras dar un largo sorbo. Se quedó mirando a su alrededor, buscando una respuesta entre su público.

La taberna estaba hasta los topes. Las mesas, rebosantes todas ellas de enormes cantidades de comida y bebida, permanecían rodeadas por sillas y taburetes apretujados sobre los cuales se retorcían impacientes los comensales. Los niños gritaban, a pleno pulmón y con esperanza, para que el enano relatase de nuevo la historia del gigantesco gusano de piedra que había narrado hasta tres veces. Las miradas de los más viejos del lugar parecían brillar con una luz especial, recordando quizás los anhelos de una juventud ya olvidada que se reflejaba en las historias del enano de barba azul. Él permanecía sentado en una mesa individual, desde donde se elevaba una ingente cantidad de finas cazuelas de barro custodiadas por numerosas jarras vacías. Sólo quedaba espacio para la última de la jornada, la que ahora mismo estaba a medias y a la cual se quedó mirando un largo rato, quizás tratando de recordar el hilo de su último relato. Las demandas, los ruegos y chascarrillos, así como las inocentes bromas que habían colmado el ambiente de la taberna, dieron paso a un silencio tenso. Todos observaban al enano, expectantes, deseando que no se hubiera dormido como así empezaba a parecerles.

—¡Ah, sí! —gritó al fin, levantando la jarra con tanto énfasis que derramó parte del líquido por encima de su hombro— Ahora iba a contaros la historia de cómo conseguí El Medallón de Menthgloom.

La taberna entera se estremeció ante el nombre que acaba de pronunciar, como si todo habitante de Kera conociese el origen del objeto del que hablaba. Afortunadamente para la gran mayoría, ajenos a lo que ocurría más allá de sus tierras, pocos o ninguno sabía exactamente quien era Menthgloom. De haberlo sabido, muchos hubieran apurado sus platos y se hubieran alejado tanto como les hubiese sido posible de aquella enorme cueva. Sólo un par de figuras, de aspecto foráneo, escondidas entre la multitud, se rebulleron en sus asientos en actitud incómoda. Cuando el estruendo de la ovación menguó, la cavernosa taberna volvió a colmarse de esa tensa atmósfera que aguarda un suceso inminente.

Rompiendo la tensión, Dwanvelin empezó a relatar la historia de cómo había conseguido el mágico medallón que portaba ahora al cuello. Ahondó en detalles que hicieron las delicias de los más jóvenes. Jugó con sus manos formando extrañas sombras en la paredes que representaban los fantásticos seres con los que se iba cruzando en su relato. Acompañó con grandes aspavientos los momentos más impactantes y las situaciones más peligrosas. Prorrumpió en carcajadas al describir momentos divertidos y descendió el volumen de su voz hasta un susurro tenso cuando sus palabras detallaban situaciones donde el silencio y el subterfugio habían

sido claves para la correcta consecución de su labor. Así estuvo durante un largo rato, haciendo pasar al resto de comensales por una miríada de sensaciones que los extenuó hasta el límite.

—Y es por eso mismo —sentenció Dwanvelin con su gutural voz—, por lo que es mejor, siempre, preguntarle a un joven dragón si le importa servirte de montura para huir de un ejército de goblins a través del mar.

La hueca taberna se estremeció bajo las risotadas y golpes de júbilo que ensordecieron a la multitud. Justo en ese mismo momento, la puerta, que había permanecido cerrada durante las últimas tres historias del enano, volvió a abrirse. Sólo un individuo en el interior pareció darse cuenta, pues los movimientos del nuevo sujeto eran gráciles y no producían sonido alguno.

—¡¡Y esto es todo por hoy!! —Apuró el último trago de cerveza e hizo que la mesa, junto a la columna de cazuelas de barro, se estremeciese bajo el impacto de la jarra ahora vacía— ¡¡Este enano se merece un descanso!!

El público dedicó un sonoro aplauso a Dwanvelin y, poco a poco, fueron abandonando el lugar aquellos que ya no tenían nada más que llevarse al estómago. Satisfechos y a la vez cansados por las historias que les había contado aquél extraño enano de barba azul, fueron desfilando por el ancho conducto de piedra que desembocaba en la calle principal con una sonrisa de oreja a oreja y el espíritu lleno de felicidad.

Al cabo, todo quedó sumido en un silencio profundo y reverberante. Las paredes del lugar habían quedado impregnadas de todas las historias que aquél día se habían relatado y parecían reacias a aceptar aquella calma.

El enano, que se había quedado observando la jarra vacía con aire ausente, volvió en sí cuando el hermano del tabernero vino a retirar las cazuelas y jarras de su mesa.

—Sin duda las mejores historias que he escuchado nunca, maestro enano —dijo el joven antes de alejarse llevando entre sus brazos una asombrosa cantidad de jarras vacías.

—Sin duda —susurró el enano en una tardía y lejana respuesta—, sin duda.

Sintiéndose extenuado, se levantó de la silla con un movimiento lento y pesado, recogió el grueso cinturón que colgaba del respaldo de la silla y se lo echó al hombro.

La figura que había entrado en la taberna justo al término de la última historia del enano permanecía sentada en un taburete junto a la barra. Sus brillantes ojos de color verde lo observaban con una mirada profunda, acechante. Estos siguieron el lento caminar del enano hasta que su barba azul se perdió en la negrura de la oscuridad que descendía de la estancia principal hacia las habitaciones. Se dio media vuelta y cuando el tabernero se acercó a preguntarle qué quería, sonriendo, le pidió una habitación. Con la capucha de la capa echada hacia atrás y a la luz de los faroles incrustados en las paredes, podían verse, claramente, sus dorados cabellos arremolinándose sobre unos atléticos y estrechos hombros.

—¿A nombre de quién pongo la habitación? —preguntó el robusto tabernero con aire ausente mientras se echaba al bolsillo la moneda de plata que había recogido de manos de aquella mujer.

—A nombre de Lasdriel —Giró el taburete de nuevo y se quedó observando la oscuridad por la que se había introducido Barbazul. Con el mismo aire ausente, pidió también una botella del mejor vino que tuviesen.

Capítulo 2

2.El pergamino de los caídos

Lasdriel se despertó de golpe. Una sensación de urgencia se había introducido en su sueño y la había arrancado de él con una sacudida brutal. Se sentó a los pies de la cama y trató de recordar lo que había soñado. Fue vistiéndose de forma mecánica mientras su mente sobrevolaba el vasto pozo de negrura que tenía ante sí. Terminó de vestirse y, al no lograr recordar del sueño nada que le fuese de utilidad, disipó esa orden de su mente e hizo un rápido recuento de sus pertenencias. Abrió la pequeña mochila que colgaba de una vieja mesa de madera y enumeró todos los objetos de su interior. Tenía la sensación de haber pasado toda la noche durmiendo de forma tan profunda que ahora se sentía desubicada. Miró alrededor, ya algo más sobria, y vio que todo parecía estar igual que antes de irse a la cama. Se maldijo por aquel descuido y cerró la mochila con una mueca de disgusto en los labios.

Cuando lo tuvo todo listo, salió al pasillo tubular que se extendía más allá de la puerta de su habitación y se encaminó hacia el comedor. Al llegar se sorprendió al ver que estaba casi vacío. No entendía absolutamente nada. ¿Dónde se supone que estaba todo el mundo? Su confusión se enmarcó en una mueca de incomprensión fácil de leer.

—¿Tu primera noche aquí, jovencita? —Un hombre alto y ancho, de facciones robustas y vestido con un delantal de color crema, colocaba las sillas de madera frente a sus respectivas mesas en perfecto orden.

Lasdriel observó al tabernero. No se parecía mucho al hombre que había conocido la noche anterior. Su rostro parecía más joven, sus facciones menos cascadas. La ropa que llevaba estaba limpia y seca, y la media melena de color castaño, ayer cubierta por una capa brillante de grasa, ahora se recogía en una coleta bien aseada. Algo alrededor de aquel hombre vibraba con una energía que Lasdriel no pudo obviar. Un extraño magnetismo lo rodeaba.

La pregunta que le había hecho el tabernero empezó entonces a filtrarse a través de sus oídos hasta que fue tomando forma en su cerebro. Le miró a los ojos y vio que su rostro se había convertido en el de alguien que espera la respuesta de un niño perdido. Se ruborizó. Se sacudió aquel desorden mental y se encaminó hacia la barra, evitando la compasiva

mirada del humano.

—Mi nombre es Feran —Obvió el hecho de no haber recibido respuesta y prosiguió hablando mientras se encaminaba hacia la barra sorteando con habilidad el resto de sillas y mesas—, y como puedes intuir soy el dueño de la taberna —Se detuvo un instante para mirarla. Al ver que la elfa seguía con el ceño fruncido se encogió de hombros—. No tienes por qué avergonzarte. Ni eres la primera ni serás la última persona que se levanta con el horario totalmente cambiado.

»A decir verdad, no conozco a nadie que haya visitado este lugar y no haya experimentado tal efecto. Da igual si hablamos de orcos, humanos, elfos o enanos.

La cara de Lasdriel se iluminó cuando mentó a esta última raza. No sabía exactamente de qué manera el tabernero había leído su rostro, pues seguía caminando de aquí para allá, aparentemente concentrado en su labor, mientras prosiguió:

—Sí, incluso a los enanos, bien acostumbrados a profundidades incluso mayores que esta en la que nos encontramos, han padecido el Síndrome de Marmae.

El tabernero terminó de colocar el resto de sillas en sus correspondientes posiciones y se acercó a un par de humanos que había al otro lado de la enorme sala.

Feran volvió tras la barra con el pedido en mente. Lasdriel había estado observando a aquel hombre con una extraña admiración. Todos y cada uno de sus movimientos eran demasiado gráciles y sutiles para una persona de su peso y tamaño.

—Así que no te preocupes, la segunda noche siempre es mucho mejor —sentenció el tabernero que, tras preparar un par de cazuelas y llevarlas a la cocina, volvió sobre sus pasos y se acercó, tras la barra, hacia la joven elfa.

—¿Qué es el síndrome de Marmae? —preguntó Lasdriel, que no había conseguido sacarse ese nombre de la cabeza.

Feran sacó una oscura botella de vino añejo y sirvió un par de dedos en un vaso grueso transparente. Acto seguido se lo acercó a la muchacha, que no dudó en agarrarlo para darle un ligero sorbo. Al sentir como el denso líquido descendía por su interior, colmándola de un agradable calor, se estremeció.

—Nadie sabe exactamente cuándo ocurrió —dijo Feran mientras rellenaba de nuevo lo poco que la joven había bebido—, pero sin duda

alguna fue cosa del archimago Marchymae Marmae.

»Uno de los grandes hechiceros de todas las épocas, sin duda. Se dice que, cuando llegó a un estado de poder tal que ningún ser vivo osaba ya enfrentarse a él, no le quedó más interacción con el mundo que vagar por él viendo cómo la gente rehuía su presencia. Así pues, gracias a sus increíbles poderes y aburrido de la vida que le esperaba en la superficie, empezó a crear una inabarcable red de túneles y galerías bajo tierra que conectaban, se dice, todos los continentes. Al principio lo hizo para esconderse del mundo, hastiado del mismo. Más tarde, la sed de conocimiento que seguía latente en su interior le hizo ir un paso más allá. Horadó en todas direcciones. Se cuenta que se topó con seres dignos de las más terribles pesadillas, que los derrotó y que siguió avanzando. Nada parecía capaz de detenerlo. Había encontrado un objetivo de vida que iba más allá de todo lo que había soñado jamás.

Feran se alejó de súbito de la barra, escondió la botella de vino bajo la misma y con paso distraído se internó en la cocina, dejando aquellas últimas palabras flotando en el aire. Lasdriel aguardaba con la boca abierta, ensimismada. De pronto le vino un delicioso olor a estofado. Observó como el tabernero, saliendo de nuevo de la cocina, se dirigía llevando un par de cazuelas humeantes hacia la mesa en la que permanecían sentados la pareja de hombres que se relamía impacientes.

La muchacha cayó entonces en la cuenta de que nunca antes había escuchado ninguna historia sobre el archimago. Largos años de aventuras y andanzas por varios de los continentes del mundo le habían hecho conocedora de muchos de los mitos, leyendas e historias locales de los países que visitaba, pero nunca antes había escuchado una historia sobre un mago tan poderoso. Quizás porque la historia misma, según el tabernero, se hallaba ubicada tan lejos en el tiempo que pocos quedaban con vida para recordar lo ocurrido. Quizás porque había sido todo una invención del robusto hombretón. Sea como fuere, la historia del poderoso Marchymae Marmae se clavó en la mente de la muchacha como una espina que ha traspasado piel y tiene pensado permanecer ahí debajo durante un largo tiempo. Se estremeció de la emoción y de las imágenes que su mente había construido al escuchar aquella historia. Sonrió ligeramente, abstraída, sin caer en la cuenta de que Feran había vuelto sobre sus pasos y ahora la observaba con una mirada divertida.

—Llegó un punto en el que el archimago, sediento de una terrible curiosidad y alimentado por un impulso cuya procedencia desconocía, siguió profundizando hacia el corazón de la tierra —El interlocutor levantó la vista por encima del hombro de la muchacha y saludó con un ademán de la cabeza. Esta, absorta bajo el atrayente influjo que las palabras del hombre generaban en su interior, no se dio cuenta.

»Los mismos dioses, aterrados por lo que pudiera ocurrir si el poderoso Marchymae iba mucho más allá en su empeño, decidieron descender a este plano para pararle los pies. Nadie sabe de qué manera el archimago supo de las intenciones de estos últimos, pero pudo prepararse para su llegada y, con un poderoso hechizo cuyo influjo se ha extendido hasta los días presentes, logró despistar a los dioses que iban en su búsqueda.

Feran se dio la vuelta, desembarazándose pesadamente de la mirada de la elfa, y cogió un par de jarras vacías de una de las estanterías. Abrió el tirador de uno de los barriles que permanecía empotrado en la misma pared y esperó que las jarras se llenasen.

Lasdriel fue saliendo, poco a poco, del letargo en el que la historia la había sumido. Las últimas imágenes que había generado su mente —poderosos dioses descendiendo al plano mortal en busca de alguien tan importante como para atraerlos hasta aquí— la habían consternado. Sintió una extraña curiosidad que generó un sin fin de posibilidades de lo que podría haber ocurrido tras el descenso de aquellos seres a la tierra.

El tabernero se alejó para dar la vuelta a la barra y acercarse a una mesa que momentos antes había estado vacía. A Lasdriel se le encogió el corazón al observar al recién llegado.

De cuerpo robusto y achaparrado, vestía unas protecciones de cuero flexible sobre una camisa vieja y oscura. Sus pantalones estaban sucios y poseían multitud de remiendos, nuevas costuras que unían piezas hechas de otros materiales. A ambos lados le colgaban del cinturón un par de piezas de tela de un material recio que no logró definir. Su capa, otrora rojo vivo, se arremolinaba tras la silla llena de bordes rotos y deshilachados que se desprendían del resto de la tela. Las botas y los guantes parecían nuevos, de un cuero también flexible y ligero y estaban rematados con piezas de metal en las zonas de impacto. La enorme y tupida barba azul caía desde su rostro como una catarata de agua color esmeralda, ornamentada con piezas antiguas de oro y plata tan brillantes como recién pulidas.. Llevaba el pelo atado en un moño y sus facciones se dibujaban duras y curtidas por la intemperie.

A la muchacha le pareció más un viejo vagabundo que el enano cuyas increíbles historias se habían propagado hasta los confines últimos del mismo mundo. Esperó que Feran le sirviese la bebida y se recompuso. Cuando el tabernero se alejó hacia la cocina, esta cogió el vaso de vino y se acercó, quedándose un instante junto a la mesa y observando cómo la primera jarra de cerveza se vaciaba de un único y prolongado sorbo. Al golpe de la jarra con la mesa lo acompañó un eructo que apuntó estuvo de hacerlo vomitar.

—¿Te vas a quedar ahí de pie todo el día? —preguntó el enano a la muchacha mientras se restregaba los restos de cerveza y espumarajos

con el dorso de la mano. Luego hizo un ademán con el brazo, mostrando a la joven la silla que tenía delante.

Lasdriel, sorprendida por los modales del enano, se lo quedó mirando sin poder pronunciar palabra. Sentía una mezcla extraña de irritación y atracción que le costó manejar. No entendía qué era lo que irradiaba la profunda y enérgica voz del enano, pero intentó sacudirse aquella sensación de encima. Aquello no le gustaba. El enano apartó la jarra vacía a un lado de la mesa y cogió la que todavía estaba llena, dejándola por la mitad de un nuevo sorbo.

—¿Y bien? —Dwanvelin tenía los ojos clavados en la muchacha, que parecía reacia a compartir mesa con él. Se relamió el mostacho y de nuevo se secó los restos con la mano enguantada. Pasados unos segundos, la elfa pareció librarse de lo que la mantenía inmóvil y se sentó.

—Gracias por concederme unos momentos, maestro enano —empezó diciendo Lasdriel, que había reconducido su firmeza y ahora miraba a los ojos a su interlocutor—. Vengo de muy lejos para hacerle una reclamación —La elfa calló un instante y se concentró en observar cómo recibía el enano aquella última frase. Bajo las pobladas y azules cejas, aquellos diminutos ojos no parecieron vacilar, así que prosiguió, aunque sentía que su determinación flaqueaba.

—No voy a irme por las ramas —sentenció—, y espero que entienda lo que supone para mí lo que estoy apunto de pedirle —Se rebulló en su asiento, inquieta. Empezó a jugar con sus dedos, tratando de encontrar la mejor manera de decir lo que tantas veces había practicado sola.

Ella le miró. El enano no vaciló. Ni siquiera pestañeó. Lasdriel quedó de súbito atrapada por la terrible quietud en la que parecía haberse sumido su contertulio y no pudo proseguir. Se sintió pequeña, muy pequeña. El viejo enano que tenía frente a ella pareció aumentar de tamaño y todo a su alrededor se emborronó, potenciando el extraño y terrible efecto en el que había caído. Una voz imperiosa se filtró en su mente y toda ella quedó petrificada. No lograba entender los extraños vocablos que aparecieron de pronto en su cabeza. ¿Era el enano el que estaba hablando? No veía que sus labios se movieran. ¿Era quizás su mente tratando de decirle que saliese de allí cuanto antes? Una sensación de vértigo estuvo a punto de hacerle perder la consciencia, pero en ese instante se recobró. Sintió que aquella extraña letanía se alejaba aligerando el peso que sentía sobre sus hombros. Al mismo tiempo un torrente de energía revitalizó su juicio y rápidamente empezó a recobrar la lucidez.

—Sea lo que sea que tengas que decirme, muchacha, suéltalo ya

—sentenció el enano, que parecía estar perdiendo la paciencia.

Aquellas palabras generaron en la elfa una creciente ira que terminó de darle las fuerzas necesarias para proseguir. Apretó los puños y al fin habló:

—Hay quien dice que usted posee El Anillo Rojo de Thirsar —Tras decir aquello tuvo que tragar saliva—. Supongo que sabrá lo que significa para nuestro pueblo, así que le ruego que nos lo devuelva.

El silencio que se hizo en aquél instante puso en alerta a la muchacha, que esperaba, con el cuerpo en tensión, cualquier movimiento del enano. Este, en cambio, se volvió para sacar de su bolsa de viaje un viejo pergamino y lo desplegó delante suyo. Se volvió de nuevo para abrir uno de los bolsillos laterales de la mochila y sacó una pluma y un pequeño recipiente lleno de tinta.

—Verás, jovencita —Lasdriel le observaba con expectación, atenta a todos y cada uno de los movimientos del enano. ¿De qué iba todo aquello? ¿Acaso estaba tratando de jugársela con alguna treta? Recordó entonces que le habían obligado a dejar las armas en la entrada de la ciudad. Se sentía desvalida, como si le faltase un brazo largo que se tensa y lanza puntas de metal afiladas. No iba a poder con él cuerpo a cuerpo. Inspiró hondo. ¿En qué estaba pensando? No haría tal cosa. No. No se rebajaría a eso.

—Si quieres que te haga entrega de algo de lo que soy dueño legítimo —enfaticó esta última palabra marcando lentamente cada una de sus sílabas—, deberás añadir tu nombre bajo el último párrafo y firmar al lado con una gota de tu sangre.

Al decir esto, el enano tendió el pergamino a la muchacha, que lo observaba con expresión ceñuda. Se preguntó si aquello iba a ser tan fácil como firmar un extraño documento, y entonces empezó a leer:

Con el honor que me confiere la sangre que corre por mis venas, en representación de mi pueblo y en plena capacidad de mis acciones, acepto servir de escudero al maestro Dwanvelin Barbazul durante el transcurso de la misión que nos llevará a La Isla de Zurwa. Del mismo modo le prestaré toda ayuda posible, aún a riesgo de mi propia vida, para la correcta consecución de su empresa. Al regresar, el maestro Dwanvelin Barbazul me hará entrega del objeto por el que haya sido sellado este acuerdo.

Una sensación de incredulidad embargó a Lasdriel hasta que esta se transformó en una creciente irritación. Bufó y observó al enano, cuya

mirada seria contrastaba con la sonrisa burlona que se dibujaba bajo su denso mostacho. ¿Qué se había creído ese viejo enano? Sin duda se creía el dueño legítimo del anillo e iba hacerle pagar un alto precio por él. ¿Dueño legítimo? Tenía que ser una broma. Una de las joyas elfas más preciadas, desaparecidas siglos atrás, estaba ahora en manos de un enano vagabundo y, para colmo, ise estaba burlando de ella y de todo su pueblo en su cara!

—Vaya, ¿un nuevo ayudante, maese Dwanvelin? —Feran sorprendió a la muchacha al acercarse a la mesa. Traía un cuenco de piedra en el cual humeaban un par de gruesos muslos de pollo ahumado que dejó frente al enano. Sólo al fijarse en la comida empezó a olerla. Había estado totalmente absorta en sus cavilaciones. No sabía de qué manera aquel enano había conseguido agitar su juicio de forma tan exagerada. Eso la contrariaba. No era una sensación que viviese a menudo.

—Tengo mis dudas —respondió Dwanvelin con tono socarrón, observando fijamente a la muchacha—. Creo que está considerando el hecho de quitármelo por la fuerza.

—Sería el primer elfo de Theroddris que conozco que se atreve a cometer un delito aquí en Kera —sentenció el hombretón, retirándose de nuevo hacia la cocina.

Lasdriel quedó conmocionada por las palabras de aquél hombre, pero no podía dejar de observar el estúpido rostro del enano. ¿Tan obvia era su procedencia? ¿Qué estaba ocurriendo? Se sentía humillada, atrapada bajo tierra a merced de lo que aquellos personajes conspiraban contra ella.

Justo antes de que la joven elfa se dispusiese a levantarse para salir de la taberna, el enano volvió a hurgar entre sus pertenencias. Sacó un nuevo pergamino, mucho más viejo que el que ella tenía delante y también se lo entregó. Esta lo observó con desconfianza al principio, pero al empezar a leerlo, en su rostro floreció una enorme mueca de sorpresa. Se trataba de un pergamino que contenía hasta cuatro contratos diferentes firmados por cuatro grandes señores de la antigüedad. Todos ellos con sus rúbricas correspondientes y una gota de sangre reseca junto a estas.

—En mi almacén tengo muchos más que no puedo enseñarte puesto que los firmantes todavía siguen vivos —dijo el enano, sacando de sus cavilaciones a la muchacha—, pero no hay nada de extraño en lo que hago. Yo tengo algo que tú quieres y tú me ayudas en mi próxima empresa.

Dwanvelin se olvidó por un momento de su contertulia y empezó a devorar uno de los muslos de pollo con una voracidad digna de una bestia. Lasdriel quedó fascinada ante las diferentes facetas que había observado

en aquel viejo encorvado. No sabía absolutamente nada de él y por lo que había visto bien podría estar tomándole el pelo. Aún así, había algo en aquel ser que no terminaba de cuadrarle. Algo que no encajaba. No al menos de la manera en que debería encajar. No sabía explicar exactamente qué era, pero lo podía percibir. Quizás le había juzgado precipitadamente. Respiró de forma reflexiva, enrolló de nuevo el viejo pergamino y se lo devolvió al enano. Este lo cogió tras limpiarse las manos en los pantalones y lo escondió entre el resto de sus cosas.

—Por cierto —dijo Barbazul antes de proseguir con su comida y apuntando con su barbilla al nuevo pergamino que permanecía en medio de la mesa—, si te fijas, el contrato es genérico. Si no me acompañas tú, lo hará cualquier otro de los que se atrevan a pedírmelo a lo largo del día, por lo que si te lo piensas mucho, perderás tu oportunidad.

Hubo un extraño silencio que se mantuvo hasta que el enano terminó de devorar el segundo muslo.

—A propósito, yo me marchó al anochecer.

Capítulo 3

3.El legado de Marchymae Marmae

Lasdriel había perdido la cuenta del tiempo que hacía que giraban una y otra vez por los recodos de aquella inabarcable red de túneles estrechos y húmedos. Creem y Olna, la pareja de humanos que se había unido a ellos durante la comida del mediodía, cerraban la columna, protegiendo la retaguardia. Dwanvelin iba al frente y parecía sumido en un trance, susurrando vocablos en un lenguaje que ella desconocía. Parecía que los pasos de aquél viejo enano cobraban mayor vigor y agilidad a medida que se alejaban de la ciudad de Kera. Los suyos, en cambio, se volvían cada vez más pesados y torpes. Había estado a punto de tropezar en más de una ocasión durante la última hora. Llevaba un buen rato sudando, sofocada por la presión que sentía al estar a tanta profundidad. Los susurros de la pareja de humanos, que la seguían a una distancia prudencial, empezaron a convertirse en una letanía molesta y exasperante. No recordaba haber estado tan irritada, y eso la irritaba todavía más.

“No quiero ni una distracción antes de volver a la superficie”, había sentenciado gravemente el enano antes de emprender la marcha. “Si no queréis pasaros el resto de vuestras vidas dando vueltas por este laberinto como ratas de alcantarilla, será mejor que ninguno de vosotros tres me moleste lo más mínimo”.

La idea de morir allí abajo, perdidos en el interior de aquellas laberínticas galerías, había sido suficiente para mantener al grupo en silencio durante las primeras horas. Tras esto, la pareja de mercenarios se había ido distanciando poco a poco para poder saciar su aparente necesidad de discutir. Cuando creían que no podían escucharles, se lanzaban puyas el uno al otro y habían estado recordándose las cosas que ambos habían hecho mal en los últimos tiempos. Se había convertido en un concurso en el que ganaba el que era menos idiota. Si de eso iba el matrimonio, ella no quería algo así en su vida. Se había convertido en una experimentada exploradora porque, precisamente, no toleraba ese tipo de conductas. Había decidido tomar el camino más solitario. El camino menos problemático. Un nuevo insulto llegó a sus oídos.

No entendía qué les había podido empujar a embarcarse en una empresa como aquella. ¿Sabían los peligros que iban a enfrentar? Aquello sólo le servía para reafirmarse en sus costumbres. Nunca le había gustado ir demasiado acompañada. Siempre era mejor tener poco de lo que

preocuparse y, cuatro eran, para ella, demasiado.

Mientras reflexionaba sobre el tiempo que había pasado en soledad, empezó a sentir que su cuerpo le demandaba más aire del que estaba consiguiendo inhalar y eso la irritó un poco más.. Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano tan disimuladamente como pudo. Miró de reojo hacia atrás y se sintió aliviada al ver que los humanos no habían reparado en su estado; andaban demasiado ocupados con sus cosas.

Giraron de nuevo a la derecha y, en la siguiente bifurcación, una vez más. Lasdriel sintió que sus pulmones se cerraban un poco más a cada paso que daba y la siguiente zancada se volvía más complicada que la anterior. Tanto el carcaj, como el arco, así como el cuchillo curvo que llevaba a un lado, se habían vuelto objetos tan pesados como piedras. Tiraban de ella hacia el suelo con una fuerza que crecía por momentos.

—¿Crees que tardará mucho en caer? —preguntó Creem en voz baja al oído de su mujer. Esta le propinó un codazo en las costillas que le sirvió de respuesta. Acto seguido, Olna hizo un gesto con sus manos recordándole a su marido la capacidad auditiva de los elfos. Este, avergonzado, trató de cambiar de tema enseguida. Si la elfa se había enterado de algo, lo disimulaba francamente bien.

—Y el enano, ¿te dijo algo sobre lo que busca en esa isla?

—Parece ser que nunca lo dice. Cuando le pregunté sólo me gruñó negando con la cabeza y luego me pidió que esperara fuera —contestó la mujer, que portaba un viejo carcaj lleno de flechas de plumas grises, unas protecciones de cuero ligero y una espada corta de hoja ancha.

—Supongo que si muchos de sus antiguos compañeros de aventuras hubiesen sabido qué tenía intención de agenciarse, muchos de ellos habrían tratado de dar media vuelta justo después de plasmar su firma en el contrato —sentenció Creem con tono jocoso.

—No seas estúpido, querido — se detuvo un instante la mujer para mirar a los ojos a su marido—. Estoy convencida de que si el enano nos dijese que vamos a colarnos de lleno en la guarida de un draco para robar un huevo de diamantes, hubieras sido el primero en tratar de quemar el contrato.

Ambos se quedaron mirando un largo rato, quietos como estatuas, hasta que al fin se dibujó una mueca burlona en sus rostros. Rompieron a reír y, al escuchar el eco de sus voces reverberando a su alrededor una y otra vez, cayeron en la cuenta de que se habían retrasado. Sus estómagos se revolviéron, presos del pánico, y empezaron a correr hacia el siguiente recodo que torcía a la derecha. El pasillo, tras continuar recto un centenar de metros, giraba en sentido ascendente, finalizando en un pequeño

descanso circular en el que se ofrecían dos alternativas.

—¡Maldita sea! —gritó Olna— ¡todo por hacer caso de tus bromitas!

—¿Qué bromitas? —la cara de Creem se transformó en un rostro de incredulidad— ¿A qué viene echarme la culpa a mí ahora?

—¡Cállate! — se apresuró a decir la mujer mientras se acercaba al orificio de la izquierda, ladeando suavemente la cabeza tratando de recoger cualquier sonido que le diese una pista del paradero de sus compañeros.

—Es inútil, tanto la elfa como el enano son tan silenciosos como zorros —continuó Creem, haciendo caso omiso de la advertencia de su mujer, que ahora se encaminaba hacia el otro pasadizo para repetir el proceso—. No vas a conseguir nada a no ser que...

—¡Es por aquí! —la interrumpió ella con un grito que tuvo que ahogar en cuanto fue consciente de su volúmen. Se adentró sin pensárselo un segundo, esperando a que el espigado mercenario, que cubría su torso con una fina cota de malla y unas viejas y raídas ropas, lo siguiera sin vacilar.

Al echar a correr, Creem dejó un sonido metálico resonando tras de sí, fruto del golpeteo de su espada contra las protecciones de metal que lo cubrían. Con el corazón en un puño y tratando de alejar la idea de perderse en aquel laberinto mortal, ambos corrieron a toda prisa, girando en los próximos recodos hasta que, al fin, volvieron a observar la esbelta silueta de la elfa caminando delante de ellos, a escasos metros del enano.

—A partir de ahora —susurró la mujer, que ralentizó su paso dejando que su esposo se acercase a su altura—, nada de chistecitos ni estupideces.

Creem había empezado a sudar, más por el terror de la situación que por la carrera en sí, pero de todos modos no pudo más que contener una carcajada al observar el rostro serio de su mujer.

—¡¿Queda claro?! —sentenció Olna con un nuevo golpe en el costado derecho de su compañero que le hizo soltar todo el aire retenido.

Tras esto, aceleró la marcha y trató de no quedar a la misma altura que su esposo, pues sabía que eso significaba darle una nueva oportunidad para decir cualquier otra bobada que los llevase directos a la perdición.

Creem se moría de ganas de preguntarle a su mujer cómo había sido capaz de escuchar los pasos de la elfa o del enano, pero prefirió mantener las distancias que ella misma había puesto entre ambos mientras se

frotaba el costado dolorido.

Sin previo aviso, el hipnótico bamboleo del pelo azulado del enano se detuvo. Quieto como estaba ahora, parecía que una cascada de agua fresca y brillante se desprendía de su cabeza, golpeaba sus hombros y seguía cayendo a través de los intrincados ornamentos de oro y plata que perlaba aquella fresca visión azulina. Tanto Lasdriel como los humanos quedaron prendados un instante por aquella visión. Al cabo de unos segundos vieron como, a los pies de Dwanvelin, había aparecido un pequeño charco que reflejaba el brillante color del cabello del enano.

—Estad atentos y no hagáis ningún ruido —El tono serio del enano puso en alerta al resto del grupo.

Creem desenvainó su espada lentamente y Olna hizo lo propio con su arma. Lasdriel, que todavía peleaba por respirar con normalidad, decidió no imitar a sus compañeros. Sospechaba que tanto si empuñaba su cuchillo como si cargaba su arco, todos verían con claridad el pésimo estado mental en el que se encontraba. Decidió esperar y seguir al enano tan de cerca como le fue posible.

Dwanvelin reanudó la marcha a través del pasillo que se abrió ante él, y tratando de evitar los charcos y regueros de agua que se iban formando bajo sus botas, llegó hasta la siguiente bifurcación. Frente a él se abrían dos oquedades del mismo tamaño, pero sólo una de ellas tenía el suelo completamente seco. Finalmente y, tras sopesar ambas posibilidades, cogió una de las hachas que le colgaba del cinto y se adentró en el túnel encharcado.

El resto siguió al enano tan en silencio como pudo, intentando no golpear sus armas con las paredes del corredor y tratando de no hacer mucho ruido al pisar el agua que ya los rodeaba por completo.

De esa guisa, y muy lentamente, siguieron caminando durante un largo rato. En cada bifurcación, el enano parecía escoger siempre la opción que más inundada estaba, por lo que cuando todos quisieron darse cuenta, el agua ya les llegaba por encima de los tobillos. Creem se detuvo, se quitó uno de sus guantes y ahuecando la mano recogió un poco de agua.

—Está salada —dijo mientras el resto del agua se filtraba por entre sus dedos.

—¿Qué crees que tienes sobre tu cabeza, idiota? —La voz del enano sonó cortante, y toda queja posterior se diluyó cuando siguió caminando por el corredor hacia un nuevo recodo que se vislumbraba a lo lejos.

El humano, avergonzado por aquella humillación, se colocó de nuevo el guante y siguió cerrando el paso tras su mujer, la cual se giró momentos

después para sonreírle de forma condescendiente. Para Creem, la idea de tener encima de su cabeza un océano entero de agua era algo novedoso, pero rápidamente entendió que no le gustaba demasiado y empezó a ponerse nervioso. Su corazón se aceleró y sus manos empezaron a sudar bajo los guantes. Envainó de nuevo su espada y siguió caminando tratando de mantener una respiración tan regular como le fue posible.

Lasdriel estuvo a punto de desmayarse al escuchar las palabras del enano. Sintió de golpe el peso de todo ese agua sobre sus hombros y casi trastabilló. Entendió entonces que si el agua que tenían bajo sus pies era la misma que había por encima de ellos, la situación en la que se encontraban era mucho más peligrosa de lo que había imaginado. Las paredes del corredor se estrecharon y sintió que cada vez era más complicado respirar. Se enjugó la frente con la manga del jersey. Poco le preocupaba ya que el resto fueran conscientes de su estado. De hecho, si no lo eran, ¿qué tipo de compañeros tenía a su alrededor? Una elfa de los bosques bajo toneladas de piedra y agua, perdida en un laberinto cavernoso creado por un archimago de un pasado remoto. Demasiado obvio era que, como mínimo, debía sentirse muy incómoda. Tropezó y antes de caer logró apoyarse en un lateral del túnel. El frío tacto de la piedra despejó ligeramente aquél pesar que la constreñía, así que decidió seguir caminando apoyada en esta.

—¿Qué es ese ruido? —susurró para sus adentros, tratando de no tropezar mientras su mente trabajaba sobre la posibilidad de que aquel ruido fuese una creación mental propia.

—Un gran chorro de agua golpeando piedra, jovencita —respondió el enano a la casi inaudible pregunta.

—¿Qué? —preguntó Olna, entendiendo que el enano había dado una nueva indicación sobre la ruta que seguían.

El enano se detuvo y se giró, acercándose a la pareja de humanos. Se colgó de nuevo el hacha al cinturón y, tras observar un instante el estado de la elfa, sus ojos se dirigieron de nuevo a la pareja.

—A algo más de un kilómetro de aquí hay una cueva de grandes dimensiones que parece estar aislada por un salto de agua —anunció Dwanvelin mientras se anudaba los mechones más largos de su barba entre sí por si el nivel del agua crecía más de lo que ya lo había hecho en los próximos tramos—. La buena noticia es que ese ruido nos hará pasar desapercibidos hasta que llegemos allí, así que nos os hará falta llevar vuestras armas empuñadas. Descansad vuestros brazos por si acaso, es probable que los vayáis a necesitar.

Dicho esto, Barbazul se dio la vuelta chapoteando bajo el arroyo, que le

cubría ya hasta las rodillas, y siguió caminando.

—Vamos orejas picudas, en un rato te encontrarás mejor —le dijo el enano a la elfa al pasar este junto a ella.

—Pero si nosotros pasamos desapercibidos por ese ruido que dice escuchar —le susurró Creem a Olna al tiempo que reanudaban la marcha—, tampoco seremos capaces de oír nada de lo que haya al otro lado, ¿no?

Olna se lo quedó mirando mientras envainaba de nuevo su espada en la vieja funda de cuero que le colgaba a un lado del cinturón.

—Eres todo un genio, querido.

El grupo reanudó la marcha, lentamente, mientras cada uno afrontaba la realidad que les esperaba más adelante de la mejor manera posible.

Lasdriel deseaba fervientemente salir de aquella ratonera que ahogaba sus pulmones, que anulaba sus sentidos y nublaba su espíritu. No llegó a pensar mucho sobre lo que podrían llegar a encontrarse más allá del salto de agua que empezaba a colmar sus oídos, pues para ella aquello sería, de una u otra manera, un alivio.

Dwanvelin, con paso ligero, chapoteaba sobre el canal de agua limpia y salada cuya corriente empezaba a pugnar por arrastrarlo. Se mantenía firme y sereno, esperanzado de encontrar algo interesante en aquella enorme oquedad que sus excelentes sentidos habían moldeado con toda la información que poseía. Dejando a su imaginación fluir sin ataduras, descontó los siguientes metros con el corazón lleno de satisfacción.

Olna trató de esconder el nerviosismo en el que se había sumido al procesar las palabras del enano, pero Creem la conocía demasiado bien como para no advertirlo e intentó que aquello no fuese a transformarse en un problema. Le hizo sentir que iba a convertirse sólo en uno de los tantos escollos que iban a tener que superar para volver a casa y retirarse al fin junto a sus tres hijos.

Capítulo 4

4. Al otro lado.

Dwanvelin iba al frente, guiando al grupo. Su cabeza, cubierta por su empapada y pesada cabellera, era lo único que permanecía fuera del agua. El resto de su cuerpo luchaba por avanzar bajo el pesado torrente de agua a través del cual se iban abriendo paso, muy poco a poco. Utilizaba sus dos hachas contra una de las paredes a modo de piolets para afianzar cada paso que daba.

Justo detrás, atada desde la cintura al cuerpo del enano, avanzaba Olna. Braceaba furiosa por encima de la línea del agua impulsándose tanto como le era posible. Sus gemidos eran opacados por el continuo bramido del torrente que les dificultaba el avance. En varias ocasiones había sentido como la fuerza del enano tiraba de ella a través de la tensión de la cuerda que la sujetaba. En esos momentos le sobrevinía una mezcla de asombro y culpabilidad, pero poco podía hacer para cambiar la situación.

Tenía los brazos a punto de estallar por el esfuerzo y estaba decidida a darse por vencida cuando, al asomarse tras un nuevo recodo, pudo ver el salto de agua del cual provenía aquel torrente; una oquedad en el techo de la cual se desplomaba una terrible cantidad de agua, golpeaba el suelo e inundaba todo por doquier. Berreó como un animal salvaje y dejó de sentir la tensión de la cuerda al dar un par de pasos más rápidos que los del enano.

—¡Al fin! —gritó Creem después de un largo rato. Su voz sonó por encima del chapoteo y la corriente con un tono agudo que sorprendió a todos.

Arrastraba a Lasdriel, que se había subido a su espalda y amarrado al cuerpo de su porteador con una cuerda fina élfica. Le había extrañado sentir sobre sus hombros el peso de un niño pequeño cuando la elfa subió a su espalda. La joven balbuceaba vocablos en su lengua que se perdían en el coro de sonidos que la rodeaba. Se sentía abatida y peleaba por no caer inconsciente. De vez en cuando pataleaba entre espasmos, golpeando la espalda del humano.

Frente a ellos se elevaba un muro de agua que caía desde una enorme oquedad que se abría en lo alto de la gruta. La cascada entonces golpeaba furiosamente contra el suelo, convertida en espuma salada y rebotando por doquier, presa de un caos único y natural y se dirigía hacia ellos como

una muralla fría e inexpugnable. El rugido del agua crecía por momentos, opacando incluso los pensamientos más profundos de cada uno de los integrantes del grupo. La fuerza que los empujaba hacia atrás ahora venía en violentas oleadas y sentían que empezaban a perder terreno. El agua les cubría a intervalos con una diferencia de un par de palmos entre la parte más baja y la más alta del oleaje. Recibían golpes y sacudidas desde todos los ángulos posibles. Ya no peleaban contra una única fuerza constante y direccionada. Ahora su enemigo era el caos más implacable al que podía someterlos la naturaleza. Un paso en falso, rendirse en ese momento, suponía perder todo el esfuerzo que habían hecho durante las dos últimas horas. Estaban exhaustos, con los músculos a punto de estallar, pero no había marcha atrás.

Dwanvelin se mantenía firme, agarrando sus dos hachas como si se trataran de su propia vida. Bajo el agua, que a veces quedaba por encima de su cabeza, su cuerpo era como un muñeco de trapo. Trataba de aferrar su paso con una enfermiza decisión, pero las sacudidas en las que se veía envuelto le hacían flotar, sacudiendo su cuerpo de un lado a otro hasta que, por unos instantes, volvía a sentir que recuperaba la verticalidad cuando sus botas se volvían a posar sobre el lecho de piedra. Sabía que no podría aguantar mucho más aquella violencia. Se detuvo un instante, concentrado en las oleadas que sacudían su cuerpo y, cuando sintió que el nivel del agua descendía, arrancó una de sus hachas de la pared y la clavó un poco más cerca de la muralla de agua a la que trataban de acercarse.

Olna había ido asegurándose a la pared tan bien como podía, utilizando sus dotes de escaladora, pero tan cerca del enano que, cuando una nueva sacudida los hacía tambalear, las botas del enano golpeaban sus piernas o su torso, mermando tanto sus energías como el poco buen humor que le quedaba. Por suerte aquellas ráfagas de rabia e indignación le servían también para, aún como todos sus músculos ardiendo de dolor, sacar fuerzas de la nada.

Creem, por su parte, había logrado alcanzar a su mujer mostrando una gran fortaleza tanto física como mental. Su espigado cuerpo había parecido, en primera instancia, pasto digno de la primera sacudida, pero para sorpresa del enano y de su mujer, ahora iba a adelantarles por el otro lado del inundado corredor. El rostro del humano era una máscara de puro dolor. Se asía a la pared con sus largos brazos, cuyos músculos se mostraban tan tensos como cables de acero. Encima suyo yacía el cuerpo inerte de la elfa, cuya cabeza se tambaleaba floja a un lado.

Entre sacudidas y terriblemente indignados, tanto Olna como Dwanvelin pudieron vislumbrar cómo el humano se perdía más allá de la vociferante cascada. ¡Lo había conseguido! ¿O era sólo un espejismo? ¿Se los había tragado la corriente? ¿Cómo demonios los había adelantado con tanta facilidad? Ambos miraron hacia atrás por un instante, tratando de ver si sus cuerpos salían de nuevo a la superficie antes de doblar el recodo por

el que habían torcido hacía algo más de media hora, pero no consiguieron ver nada.

La vista del enano empezaba a nublarse. Había tragado más agua de la que podía soportar y ahora peleaba por no vomitar. El agua le golpeaba los ojos y la sal había empezado a irritárselos. Sentía los oídos taponados y a punto estuvo de perder el equilibrio en más de una ocasión. A duras penas podía respirar inmerso en aquel torbellino de agua y espuma. De repente sintió un tirón hacia adelante, proveniente de su cintura. Trató de observar hacia adonde se dirigían sus pasos y qué era aquella tensión que sentía alrededor de su cuerpo. Entonces lo entendió. ¡La humana se había rendido y ahora lo arrastraba también a él a través del torrente!

Utilizando las que con toda probabilidad fueran sus últimas energías, clavó con fuerza el hacha una vez más en aquella húmeda y resbaladiza pared. Se encaramó sobre esta para observar mejor su situación. Para su sorpresa pudo observar cómo Olna se agarraba a la misma pared en la que él se había aupado, pero ahora ella iba por delante. Dwanvelin se sintió perdido por un instante, totalmente desubicado. Utilizó aquella momentánea posición elevada para respirar con fuerza y así poder encarar mejor el último tramo que los separaba del denso muro de agua que tenían enfrente.

Justo entonces un grito de auxilio se elevó por encima del bramido del torrente de agua. Al enano la situación le cogió totalmente desprevenido. Pudo observar cómo por su lado cruzaba el cuerpo de la humana, siendo arrastrado hacia atrás a una velocidad endiablada. El corazón le dio un vuelco cuando entendió lo que venía a continuación. Trató de asir, liberando una de sus manos, la cuerda por debajo del agua, que revoloteaba entre espuma y violentos remolinos, pero justo cuando pensaba que la tenía, se le escapó entre los enguantados dedos. Por puro instinto, su mano libre trató de volver a enroscarse alrededor del mango del hacha que había soltado segundos antes, pero era demasiado tarde. El tirón fue brutal. Dwanvelin sintió un chasquido en su espalda y advirtió que algo estaba a punto de romperse en su interior. Tratando de negar el final que con tanta claridad se dibujaba ante él, su brazo derecho seguía agarrando el mango del hacha que seguía clavada a la pared con una determinación salvaje. Sabía que si se soltaba era el fin.

Por otro lado, el cuerpo sumergido de Olna estaba siendo violentamente sacudido por el torrente de agua. Dwanvelin sentía el vaivén de la humana y los golpes que recibía contra las piedras a través de la cuerda que seguía atada a su cintura. Sabía que si no hacía algo de inmediato, la mujer iba a morir de forma irremediable. El agua seguía golpeándole la cara desde todos lados y el pelo le cubría la visión. Lentamente fue cayendo de nuevo hacia el interior del torrente de agua, hundiéndose por debajo de la línea de flotación. Trató de desencajar el hacha de la pared con un movimiento de muñeca. Nada ocurrió. Cubierto por completo por

el agua, dio un último tirón hacia su hacha, y cuando sintió que una de las oleadas le acercaba a esta, logró desencajarla de la pared con un movimiento que involucró todo su cuerpo. Tanto su peso como el de la mujer a la que estaba atado hicieron el resto. La fuerza de la corriente los arrastró galería abajo y se perdieron en la lejanía.

Creem había logrado cruzar al otro lado del muro de agua y, tras ascender unos metros a través del mismo corredor, fue a parar a un balcón de piedra que se abría a la gran sala de la que el enano les había hablado con anterioridad. Tras descargar el peso muerto de la elfa y apoyarla con suavidad contra la pared, se dejó caer al suelo, exhausto. Los crampones que remataban la suela de sus botas repiquetearon con un eco metálico por el enorme espacio que tenía ante sí.

—Maldita sea —suspiró mientras, renqueante, trataba de ponerse de nuevo en pie. Sabía que no podía perder ni un segundo.

Recogió del suelo la cuerda élfica y se la echó al hombro. Sacó de una de sus bolsas un par de presas de escalada, un pequeño martillo y con mucho cuidado volvió sobre sus pasos. Caminó junto a la pared por la que estaban tanto el enano como su mujer y cuando estuvo a pocos pasos del salto de agua clavó las presas metálicas entre dos gruesas rocas pulidas. Anudó un extremo de la cuerda por ambos pasadores y el otro extremo se lo llevó a la cintura.

El agua empezó a salpicarle. Caminó lentamente hacia la cascada y se internó en ella de un salto. La fuerza vertical succionó su cuerpo hacia abajo con una violencia terrible. Creem sintió el peso de todo un océano empujándolo hacia abajo. ¡Qué estúpido había sido! ¡Ahora moriría ahogado por aquella fuerza inexorable que le negaba el ascenso! El humano manoteó, intentó ascender a contracorriente, pero no estaba consiguiendo absolutamente nada. Su corazón se aceleró al sentirse atrapado allí abajo. No podía ver nada debido a la espuma que lo rodeaba. Pronto necesitaría respirar, pero la superficie, aunque cercana, le parecía tan lejana como inabarcable. Gritó de rabia y el poco aire que quedaba en sus pulmones salió convertido en pequeñas esferas de oxígeno que se unieron al burbujeo que lo rodeaba.

Justo entonces, cuando Creem iba a inhalar por última vez, la dirección del agua cambió. La corriente en la que se veía sumergido rompió en otra dirección, empujándolo desde abajo hacia la superficie. Al salir a flote su cabeza golpeó con la pared y a punto estuvo de perder la consciencia. Boqueó desesperado por tratar de inhalar tanto aire como le fuera posible. Los pulmones le ardían y el corazón había empezado a latirle de forma descompasada. El agua le golpeaba una y otra vez contra la pared en violentas sacudidas y olas de espuma se vertían por encima suyo de forma intermitente, opacando sus sentidos, amenazándolo con hacerle

perder el sentido.

Gracias a los crampones y la fuerza de sus brazos, que a punto estaban de reventar, logró afianzarse por momentos en el resbaladizo suelo. Con un cabeceo trató de buscar tanto a su mujer como al enano. Sus ojos iban de un lado a otro, observando la línea de flotación tras el caótico oleaje que lo rodeaba. Tenía el corazón en un puño, no veía a ninguno de los dos. Tras una nueva sacudida tuvo la oportunidad de observar con claridad la reluciente hacha del enano, clavada en la pared, a pocos metros de él. Maldita sea. Su mente divagó por entre las peores situaciones posibles, todas acompañadas de un final horrible. Con sumo cuidado fue descontando el espacio que le separaba del arma. Una punzada en el pecho marcó el final del camino, la cuerda se había tensado hasta su límite. Trató de alargar el brazo tanto como pudo. Logró agarrar la cabeza metálica del hacha y con un movimiento seco logró desencallarla de la pared. A punto estuvo de escapársele de las manos, pero reaccionó con agilidad. De no haber dejado a Lasdriel al otro lado de la cascada, inconsciente, quizás sus próximos movimientos hubiesen sido otros, pero no podía dejar a aquella muchacha sola. Confiaba en que, de alguna manera, su mujer siguiese con vida. Maldijo para sus adentros y, con el corazón en un puño, se dio media vuelta.

Utilizando la cuerda que había amarrado al otro lado de la catarata, logró volver sobre sus pasos con las últimas fuerzas que le restaban. Empapado, cabreado y con una honda pena en su interior, desancló las presas metálicas, anudó de nuevo la cuerda y ascendió los pocos metros que le separaban del saliente donde había dejado a Lasdriel. Allí se dejó caer, junto al cuerpo inconsciente de la elfa y con el semblante torcido por la rabia y la tristeza.

Capítulo 5

5. De vuelta a las andadas.

Feran iba de aquí para allá, arrastrando los pies con aire distraído. Tras servir a un par de comensales y soltar un par de comentarios irónicos volvió sobre sus pasos y se adentró en la cocina. Allí se encontraba Durian, su hermano pequeño adoptivo, especiendo un par de patas de cerdo antes de introducirlas en el horno de leña. Sudaba a mares, llevaba la camiseta y el largo cabello oscuro pegados a la piel. Hacía un calor terrible en la cocina.

—Prepárame un par de pintas cuando termines con eso —dijo Feran, señalando las piezas que estaba manipulando y restregándose después el sudor de las manos sobre los laterales del delantal—, y tómate un descanso. Ya vigilaré yo la carne —Durian lo miró a medio camino entre la sorpresa y el alivio, apartándose un grasiento mechón de la cara y buscando un resquicio de mofa en el rostro de su hermano. Estaba acostumbrado a que Feran le soltase comentarios parecidos para luego, de golpe, hacerle ver que estaba bromeando. Aquella vez, se dijo, mientras observaba su semblante ausente, no parecía estar tomándole el pelo.

Así pues, y observando orgulloso la mezcla de grasa de cerdo junto a la selección de especias que había colocado por encima de los gruesos trozos de carne de cerdo, llevó la plancha de madera sobre la que descansaban al interior del horno y lo cerró. Giró sobre sus talones, tratando de no entorpecer a su ajetreado hermano, y agarró dos jarras metálicas de cerveza que llenó de un barril que había al fondo de la cocina. Las dejó sobre la mesa reservada para la salida y con un profundo suspiro se quitó el delantal.

—Vuelvo en un par de horas—Aquellas palabras quedaron flotando en el interior de la estancia por unos instantes. Feran parecía no haberlas oído, pero eso ya le daba igual. Al salir al comedor observó que las pocas mesas que quedaban tras el servicio de mediodía estaban casi finalizando, excepto una cuyos comensales habían llegado hacía poco.

Los observó de reojo mientras se quitaba, no sin esfuerzo, la pegajosa camiseta y se colocaba una diferente que, aunque igual de sucia, estaba seca; uno de esos pequeños placeres. Se internó tras la barra y antes de dirigirse a la salida agarró una botella de vino añejo cuyo interior andaba por la mitad. Tras sus pasos, la puerta de la taberna se cerró con

suavidad.

Feran salió de la cocina con una bandeja repleta de chupitos de ron con una hoja de menta sumergida en todos y cada uno de ellos. Fue mesa por mesa depositando tantas bebidas como personas había en ellas sonriendo de forma mecánica cada vez. Maldito calor. Al terminar la ronda se dirigió a la mesa vacía más alejada y empezó a vaciarla llevándose todos los cacharros con la bandeja metálica.

Repitió el proceso con las dos mesas siguientes y acto seguido se detuvo frente a los bárbaros encapuchados antes de adentrarse de nuevo en la cocina.

—Me han dicho que querían la carne poco hecha, ¿es cierto?
—preguntó, haciendo malabarismos para que todo lo que llevaba encima no se le cayese. *Estos tíos son feos de cojones.* Tenían sus rostros llenos de cicatrices y extrañas bulbosidades brillantes y rojizas repartidas por toda la piel visible. *Pero tan feos como duros, de eso no hay duda.* Bajo las gruesas ropas se adivinaba una anatomía fuerte, recia, y algo en ellos indicaba que eran expertos en el arte de la batalla. *Es increíble que con toda esa ropa no estén sudando a mares.*

—Así es, camarada —el bárbaro que había respondido, de cabello claro, algo canoso, se echó hacia atrás, sonriendo, mostrándole con orgullo los pocos dientes que le quedaban—, así es.

Que asco. ¿Qué costará lavarse un poquito? El hedor que desprendían era incluso peor que la imagen que daban. *Un día de estos deberíamos ponernos serios con los mínimos exigidos para entrar en la ciudad. Alguien tendrá que hablar con el alcalde, sin duda.* Se dio la vuelta con una sonrisa forzada en su rostro, perdiéndose con paso firme tras el umbral de la cocina.

Se deshizo de los cacharros que portaba colocándolos en una profunda pica que empezaba a rebosar, abrió la portezuela de metal del horno y colocó ambas piezas de carne en diferentes platos. El aroma que impregnó la cocina le hizo crujir el estómago. *Maldito Durian, si saben tan bien como huelen...* No había comido nada desde la hora del desayuno y llevaba demasiados kilómetros en las piernas. Añadió a los platos un par de patatas asadas y salió de nuevo con los pedidos listos.

Tras servir a los bárbaros se alejó para recoger los restos de otra mesa vacía. Llenó sus manos con platos sucios, cubiertos con restos de comida y vasos con posos de vino y cerveza. Aquello, junto con la montaña de platos y recipientes que le esperaba en la cocina, empezaba a ser demasiado. Hubiera preferido pelearse con un par de gigantes sin más armas que sus puños desnudos antes que volver ahí dentro y dejarlo todo limpio. *Igual si espero lo suficiente Durian vuelva a tiempo para recoger y*

fregar. ¿Por qué le había dicho que se fuera? Se dio cuenta de que tenía a ese chico demasiado mimado. En fin, esta vez le iba a tocar a él. Inspiró hondo, bufó y se encaminó de nuevo hacia la cocina haciendo nuevos malabares. Antes de entrar, la puerta principal se abrió y tres pares de botas se adentraron a través del umbral.

—En un minuto estoy con ustedes —dijo Feran sin echar la vista atrás—. Siéntense donde quieran.

No tenía la menor intención de volver ahí fuera hasta que toda la cocina estuviese limpia y si los tres que acababan de entrar se iban por donde habían venido, tanto mejor. Se quitó el delantal y la camisa sudada y los tiró en un rincón mohoso junto a un montón de trapos sucios y empezó a enjabonar la interminable pila de platos que tenía frente a él.

Varios de los comensales se habían ido acercando a la cocina durante la última media hora para despedirse de Feran tras pagar el precio de la comida. Después de haber limpiado todos los cacharros había empezado con las paredes, los fuegos y los muebles que habían quedado manchados a lo largo de toda la mañana. En el interior de la taberna ya no se oía nada más que sus bufidos de cansancio. Una capa de sudor le cubría la pálida piel y el moño sobre su cabeza se había convertido en una amalgama grasienta que le colgaba a un lado de esta. Estaba cansado. Sobre una de las repisas le esperaba una cazuela de barro con un par de patatas cocidas y una sopa fría de carne del día anterior en la que flotaban también algunas verduras cocidas. Cuando terminó, utilizó uno de los trapos más secos que tenía y trató de limpiarse tan bien como pudo. Cogió la cazuela, una cuchara y salió al comedor.

La sonrisa de satisfacción que llevaba en el rostro se le borró de golpe.

Deberían haberse ido, o eso es lo que deseaba, pero lo que uno desea rara vez encaja con la realidad que le rodea. Dejó la cazuela en la primera de las mesas por la que cruzó y se acercó a las tres personas que había sentadas alrededor de una mesa que descansaba junto a una de las paredes.

—Lo siento mucho, caballeros —fue diciendo Feran mientras se acercaba a los tres elfos que esperaban. Habían parado de discutir y ahora le miraban. Sus diminutos ojos lo analizaban de arriba a abajo—, pero tanto la cocina como el bar están cerrados —el tabernero se los quedó mirando, apoyado con ambas manos en el respaldo de la única silla vacía que quedaba junto a la mesa, esperando a que se levantasen y se fueran.

Por desgracia, lo que uno desea rara vez encaja con la realidad que le rodea. El elfo que estaba a su derecha se recostó sobre la silla, que ahora

se mantenía sobre sólo dos de sus patas, torció los labios y negó con la cabeza.

—Yo diría —hizo una breve pausa para mirar a sus dos compañeros— que eso no era así cuando hemos llegado —ahora miraba a Feran con aquellos pequeños y estrechos ojos refulgentes, tratando, quizás, de amedrentarlo—, hace un largo rato.

Feran soltó la silla y se irguió cuan alto era. Había que probar otra táctica.

—Tienen ustedes razón —dijo encogiéndose de hombros. Se dio la vuelta y con un gesto de la mano los mandó a paseo—, pero la cocina sigue estando cerrada hasta la noche. Piérdanse. *Malditos idiotas*. Estaba cansado e irritable y necesitaba echarse una buena siesta.

Con aire ausente volvió sobre sus pasos, se sentó en la misma mesa donde había dejado la comida y, tratando de olvidarse de aquellos pesados, empezó a sorber la sopa fría.

Se oyó un sonido de madera arrastrándose y varias suelas golpeando el suelo. Por fin se iban. Sí, iba a perder tres clientes, pero con la pila de platos que había fregado estaba seguro de no necesitarlos para nada. Pero aquellos pasos no se dirigieron hacia la puerta, y las sillas que habían sido arrastradas no estaban colocadas en sus respectivos lugares. Levantó la vista y vio a los tres elfos acercarse. El de la izquierda llevaba una silla en volandas y se balanceaba mucho al caminar. Los otros dos rodearon varias mesas, cogieron una silla cada uno y, bajo la atenta mirada del tabernero, se sentaron en la misma mesa que él.

—En verdad —intervino el elfo del medio, cuya sonrisa se iba apagando a medida que hablaba—, no hemos venido ni por la comida —se recostó sobre el respaldo y dejó caer la cabeza a un lado— ni por la bebida.

Feran ya no comía. Ya no sorbía la sopa fría. Ya no respiraba aliviado esperando disfrutar de un descanso merecido. Pensó entonces que hubiera preferido haberse preparado un buen trozo de carne. De ese modo tendría un cuchillo entre sus manos, en vez de una cuchara de madera. Inspiró hondo y llenó de nuevo aquella cuchara inútil e incapaz de satisfacer sus más oscuros pensamientos.

—Si han venido en busca de ese tipo de diversión —replicó Feran con tono burlón mientras los miraba a todos y cada uno de ellos, girando el cuello lentamente de un lado a otro—, siento decirles que no me dedico a ello.

El elfo de la izquierda, el que había traído la silla desde la otra mesa, rió a carcajada limpia. Era, de lejos, el más robusto de los tres. Tenía el pelo

corto, cubierto por algún tipo de aceite que lo hacía brillar y sus facciones eran tan toscas como una piedra rota. Al concluir la carcajada se lo quedó mirando en silencio, dibujando en su rostro una mueca indescifrable. Esto no puede acabar bien.

—¿Dónde está la chica? —el del medio, el que había hecho la pregunta, ahora se apoyaba en la mesa con los codos por delante. *Qué mala educación.* Se los quedó mirando. La cuchara, que había quedado a medio camino hacia su boca, volvió al interior de la cazuela.

—¿Qué chica?

El que permanecía sentado a su derecha se inclinó también hacia adelante, tratando de descifrar el rostro de Feran con unos gestos exagerados. *¿Estaban tratando de descubrir si mentía? Quizás sólo estén dando palos de ciego y este sea el enésimo lugar al que han venido a preguntar.*

—Venga —respondió de nuevo el elfo de en medio. Abarcó a sus amigos con los brazos y tras mirarlos por un instante, sus ojos se dirigieron de nuevo al tabernero—, todos sabemos de quién estamos hablando. Sólo dinos hacia adónde han ido ella y el enano y te dejaremos en paz. *Bueno, está claro que ni usan palos, ni están ciegos.*

Feran se los quedó mirando, se recostó sobre la silla y trató de parecer lo más tranquilo posible.

—¿Un enano? —con el ceño fruncido los miró de nuevo uno por uno. Después se encogió de hombros— *¿qué enano?*

El corazón de Feran empezó a latir con fuerza. El elfo de su derecha se puso en pie con una lentitud deliberada. Se encaminó hacia la puerta de la taberna y pasó los gruesos pestillos metálicos para trabarla. Luego cogió una silla de una mesa cercana y se sentó frente al umbral del pasillo que llevaba hacia las habitaciones. El tabernero empezó a sentir su corazón golpeándole las sienes. La cuchara de madera empezó a crujir bajo su puño apretado.

—No queremos tener problemas contigo, Feran —el elfo sonrió al ver que el tabernero arqueaba las cejas, sorprendido—. Bien sabemos de lo que eres capaz, y por eso mismo no hemos venido solos. Tres compañeros más aguardan fuera, en el inicio de la galería de piedra que termina en esta famosa y bonita taberna que regentas desde hace tanto tiempo. Tienen órdenes explícitas de matarte si no salimos nosotros antes —el elfo inspiró hondo, sus dedos habían empezado a tamborilear sobre la mesa. *¿Está nervioso? ¿Se acaba de marcar un farol?*— Sólo dinos adónde

han ido y nos iremos por donde hemos venido, sin problemas.

—¿Qué te hace pensar que si salgo antes que vosotros de aquí ellos serán capaces de detenerme?

—Vamos, seguro que sabes quienes somos y a qué nos dedicamos— respondió el elfo que tenía enfrente—. Puede que acabes con nosotros dos, pero nuestro compañero— levantó el codo para señalar con el pulgar al elfo que descansaba en la otra punta de la taberna— es un *Lector* —los ojos de Feran palpitaron un instante. *Eso no es bueno. Nada bueno.*

—Y de los tres que esperan fueran, hay dos más que también lo son —el elfo se recostó de nuevo sobre el respaldo con aire cansado—. Después de todo sólo eres un humano —sus dedos volvían a tamborilear de nuevo sobre la mesa—. Muy viejo, sí, pero sólo un humano.

Feran repasaba mentalmente las posibilidades que tenía de salir de allí con vida si optaba por la vía menos pacífica. Quizás consiguiese deshacerse de los tres elfos de aquella sala, sí. Quizás incluso lograrse deshacerse también de los otros tres que esperaban fuera —si es que realmente existían—, pero ¿qué pasaría después? Sabía por experiencia que los elfos de Theroddris no se daban por vencidos por un pequeño contratiempo. Muchos otros llegarían y, quizás, la próxima vez no se dejarían desarmar a la entrada de la ciudad. No, sabía bien que aquello no acabaría ahí. Incluso si él abandonaba la ciudad tras derrotarlos, lo más probable era que los próximos elfos destruyeran la ciudad con la excusa de estar buscándole. A él, al enano, y a esa joven elfa. No se podía arriesgar a poner en peligro la vida de sus vecinos. ¿Qué otras opciones tenía? *No tengo ninguna otra, maldita sea.*

Feran tenía el ceño fruncido. Sus ojos eran dos afiladas y hondas grietas que saltaban de un elfo a otro de forma cíclica. A su alrededor el aire pareció densificarse y bajo su puño la cuchara de madera se quebró. Se vio a sí mismo firmando aquel contrato que le había ofrecido su buen amigo Dwanvelin, y la gota de sangre que había derramado, que ya debía estar tan seca como el mismo pergamino. ¿Otras opciones? Sintió de nuevo el peso de la pluma deslizándose por aquel grueso papel y sonrió con amargura. *No, no tengo ninguna otra, desde luego. Que los kerenses me perdonen.*

Se levantó de golpe volcando la mesa sobre el elfo que tenía enfrente mientras daba una zancada hacia atrás. Eso le dio el espacio justo para acometer la embestida del enorme elfo que había quedado a su izquierda. Aprovechó el empuje que su contrincante llevaba y con un gesto de su cuerpo le hizo tropezar. Aprovechó que estaba desequilibrado y lo empujó. El fornido elfo se estrelló contra la pared que tenía detrás y al golpearse contra esta algo crujió. No era el típico sonido que uno espera tan pronto, pero aprovechó la situación y se abalanzó sobre el cuerpo caído. La parte

astillada de la cuchara se clavó profundamente en el lateral del cuello de su adversario. Una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces. El corazón de Feran golpeaba su pecho con fuerza. Golpeaba sus sienes con fuerza y le confería un estado de hipnotismo propio de la lucha. *Si no utilizo mi otro cuerpo no tengo por qué preocuparme del Lector.* Se puso en pie, limpiándose la sangre del cadáver en sus sucios pantalones y con todo su cuerpo en tensión.

El otro elfo, que había logrado zafarse del peso de la mesa, ya corría hacia él. Tras sortear la última silla que los separaba, amagó una finta y, cuando Feran ya se estaba cubriendo un costado, este cambió el golpe con una gran destreza y descargó sobre el lado contrario un puñetazo terrible. Su cabeza se ladeó y el tabernero sintió un latigazo en el cuello. Todo se puso borroso por un instante, pero por suerte la pared le impidió caer al suelo. *Y yo que pensaba que el fortachón iba a ser el de los puñetazos.* Con la vista aún borrosa por el golpe observó que una silueta se abalanzaba sobre él. Se echó a un lado torpemente y la patada que había estado a punto de impactarle de lleno sólo le rozó. Aprovechó la ocasión para abalanzarse sobre esa confusa figura y hacerla caer al suelo. El golpe no se hizo esperar. Sintió un par de porrazos en la cadera, en el hombro derecho y también en el costado izquierdo. Rodaron sobre el empedrado tratando de hacerse un espacio para golpearse mutuamente hasta que entre ellos se abrió una grieta. Feran empezó a golpear con fuerza sobre el torso del elfo que tenía debajo. Sentía que cada vez que golpeaba la resistencia del adversario se volvía más débil. Los brazos que trataban de protegerse estaban cada vez más flojos, hasta que se convirtieron en unas delicadas extremidades que manoteaban ya sin fuerza. La sangre se fue amontonando en sus cada vez más doloridos puños. Una y otra vez, una y otra vez.

Feran siguió golpeando hasta que algo en su periferia oscureció su campo de visión. Tuvo el tiempo justo para protegerse como pudo cuando una silla golpeó su cabeza con una fuerza endiablada. El mundo se convirtió en algo oscuro e imperceptible. Cayó hacia atrás, rodando de forma mecánica mientras el dolor amenazaba con atenuar su cuerpo. Un nuevo impacto quebró algo en su interior, esta vez en su costado izquierdo. Sintió un crujido; algo se había partido. No podía ver nada y tampoco era capaz de escuchar lo que pasaba a su alrededor. Le costaba respirar. Los oídos le pitaban, la cabeza le daba vueltas y aunque creía tener los ojos abiertos, sólo había oscuridad a su alrededor. Se arrastró como pudo entre trozos de madera rota y piedra fría. Apretó los dientes intentando mantener a raya el dolor de sus costillas rotas. Manoteó tratando de hacerse una idea de dónde estaba. ¿Era el segundo elfo el que le golpeaba? ¿Quizás el mismo *Lector* que había decidido ayudar a sus compañeros? Un sonido sordo, profundo, le devolvió el oído. Un nuevo golpe en el hombro le devolvió parte de la visión. ¿Tenía los ojos abiertos? Se siguió arrastrando como pudo por debajo de las mesas mientras su adversario trataba de alcanzarlo. Cuando pasó por debajo de una nueva

mesa trató de ponerse en pie apoyándose en una de las sillas que tenía a mano. Algo se rompió a su espalda y le arañó la cabeza. Por delante suyo se estrellaba una silla contra la pared de enfrente. Logró erguirse por completo y se dio la vuelta. El elfo que quedaba en pie saltó por encima de la mesa que los separaba, con las piernas por delante. Feran contuvo la respiración y, echándose a un lado, dejó que el elfo se deslizara sin golpearle. En el momento exacto y tan fuerte como pudo, lanzó una patada a la pata de la mesa que tenía frente a él y al romperse, la mesa se venció, llevándose consigo a su adversario. Varias sillas salieron disparadas cuando el elfo aterrizó en el suelo golpeándose contra ellas.

Feran cogió del suelo la pata que había roto y aprovechó que el elfo todavía manoteaba en el suelo, tratando de ponerse en pie, para golpearle la cabeza tan fuerte como pudo. El palo se quebró y el elfo rodó hacia un lado, tratando de esconderse mientras un chorro de sangre se deslizaba por su cráneo. Ahora las tornas habían cambiado y era el tabernero el que perseguía a su enemigo. Medio doblado por el dolor que sentía en su lado izquierdo, trató de no quedarse atrás, de mantenerse tan cerca como podía de su presa.

El elfo se arrastraba apartando sillas y mesas con tanta rapidez como le era posible, pero tras gatear perdido de aquí para allá durante unos segundos, al fin se topó con la pared. Feran golpeó con fuerza un lado de una mesa con sus botas y el canto contrario de la misma aplastó el cráneo del elfo contra la pared. Sonó un crujido hueco. Este, medio inconsciente, se llevó las manos a la cabeza para protegerse de un nuevo golpe, pero ya no tenía ninguna opción. *Igual que yo.*

Feran agarró la mesa y se la acercó de nuevo, arrastrándola sobre el empedrado, y echándose hacia adelante con todo su peso la descargó de nuevo contra el cuerpo del elfo. Esta vez impactó contra la parte más débil de su cuello, que crujió de forma explícita. Acto seguido cayó con flacidez sobre el montón de madera astillada que lo rodeaba y se quedó allí quieto. Una punzada de dolor le recorrió el espinazo desde el costado hasta la misma base del cráneo. Volviendo en sí y recobrando lentamente la cordura, observó con más detenimiento su cuerpo. Sentía un terrible dolor en ambos lados del torso y el lado izquierdo de la cabeza le palpitaba con fuerza. La movilidad de su hombro se había visto limitada y apenas podía utilizar su brazo derecho. Inspiró hondo.

De golpe todo se puso del revés. Su cuerpo voló por encima de la mesa sobre la que estaba apoyado e impactó contra la pared, cayendo sobre el cuerpo inerte del elfo que había matado momentos antes. *¿Quién?* Unos pasos se acercaron rápidamente, pero no pudo hacer nada. La cabeza de Feran salió disparada hacia atrás, golpeándose de nuevo contra la pared. Ahora era a él al que le sangraba la cabeza. Notaba el reguero caliente deslizarse por entre su enmarañado y grasiento cabello. Levantó los hombros y los brazos para protegerse de las patadas del rival. *Sólo puede*

ser el segundo de ellos. En ese momento recordó que no hay que dar la espalda a un enemigo que sigue con vida.

Hacía tanto tiempo que no peleaba que sentía que había perdido toda la práctica. Se sentía lento, se sentía dolorido, pero sentir era lo único que le importaba en ese momento. Trató de rodar como pudo sobre el cadáver del elfo, que supuso era el *Lector*, y se escabulló bajo la mesa. Los oídos le pitaban y le empezaba a faltar el aire. Le ardían los brazos y el cuerpo entero gritaba de dolor. Trató de ponerse en pie apartando un par de sillas cuando hubo atravesado varias mesas por debajo, pero al girarse vio como algo se cernía sobre él. Una nueva oscuridad ensombreció su visión. Se echó a un lado y cayó de nuevo al suelo, impulsado a medias por una patada. Se golpeó contra el suelo y sus pulmones se vaciaron, una vez más. Su costado izquierdo estalló de dolor y sintió que se perdía en la oscuridad. Gruñó de pura rabia y siguió girando, tratando de enfocar de nuevo su enturbiada visión mientras se ponía en pie.

Ahora les separaba una mesa de distancia y ambos parecían exhaustos. Los siguientes segundos fueron una tregua mutua, pues ambos sabían que los próximos instantes marcarían el resultado del combate.

—¿Por qué lo haces?! —el elfo bullía de rabia y su rostro no podía tener peor aspecto. Su cabello, lleno de su propia de sangre, caía en jirones sobre sus hombros cansados, enmarcando sus amoratadas facciones, una nariz partida y un chorrete de sangre que manaba de su ojo izquierdo— ¡Da igual que ahora consigas salir de aquí con vida! —cogió una silla rota que tenía a sus pies y se la lanzó a Feran con tanta fuerza que de no haberla esquivado le hubiera partido varios huesos— ¡Nuestro pueblo os perseguirá hasta los confines del mismo mundo!

El elfo jadeaba. *Déjale que gaste sus últimas energías en gritos innecesarios.* Feran empezó a serenarse. Aprovechó para hacerse una idea tan exacta como pudo de su entorno. Trató de apartar el punzante dolor de sus costillas partidas, de su brazo derecho medio adormecido, del latente palpitar de su cabeza. No dejó que la rabia, la ira o la desesperación le nublasen aquella visión.

—¿Tan importante es esa joven elfa para formar todo este jaleo? —preguntó Feran entre jadeos, tratando de ganar tiempo mientras calculaba sus próximos movimientos— ¿Quién es ella?

El elfo, que también había empezado a serenarse, torció el gesto con amargura.

—No es ella lo importante —hizo una pausa para coger aire mientras el resto de la frase se formaba en su cabeza—, si no...

Feran aprovechó ese momento para empujar la mesa con todas sus fuerzas, aullando de dolor. Cogió al elfo desprevenido y este cayó de espaldas al tropezar con la montaña de desperdicios que tenía detrás.

Bien. Si no es ella, entonces está claro que lo importante es lo que le ha pedido al enano. Ya no necesito saber más.

Feran terminó volcando la mesa aprovechando el empuje, pero tropezó también, y cayó junto a su rival. Ambos manotearon durante una eternidad, rodaron y se lanzaron infinidad de puñetazos, codazos, patadas, rodillazos, cabezazos y mordiscos. Cualquier cosa servía para alejarse de la muerte, para acercarse a la victoria. Poco a poco el tabernero, que pesaba más y tenía más fuerza, ganó una posición ventajosa. El hombro le dolía un infierno, las costillas amenazaban con reventarle la piel y los pulmones, pero hizo caso omiso a todas aquellas señales de alarma que su cuerpo le enviaba y se enfocó en una sola cosa. Logró ponerse encima y empezó a descargar una lluvia de puñetazos y codazos que su contrincante no pudo evitar. Sintió cómo bajo cada puñetazo se partían diferentes partes del cráneo del rival. Primero uno de sus pómulos, luego la parte frontal de la mandíbula, luego la zona del entrecejo, después el otro pómulo y vuelta a empezar. Oyó un inundado gorjeo. La sangre que se acumulaba en la boca del rival burbujeaba mientras las venas de su cuello se tensaban. Del siguiente puñetazo, uno de aquellos vidrioso y sanguinolentos ojos se salió de su cuenca ocular y de otro puñetazo lo espachurró. Siguió golpeando hasta que se quedó sin fuerzas. Hasta que no pudo levantar una sola vez más su brazo izquierdo. Hasta que su cerebro volvió a tomar las riendas y le envió de nuevo aquellas señales de alarma en forma de terribles dolores que atenazaron de golpe todo su maltrecho cuerpo.

Observó a los otros dos cadáveres, luego a la enorme puerta de entrada, que seguía cerrada desde dentro, y por último a un par de sombras que se movieron a lo lejos, saliendo lentamente del agujero que llevaba a las habitaciones. Eran sombras que se emborronaban a cada paso que daban, o tal vez eran sus ojos que se apagaban.

Primero escuchó unas voces, luego escuchó un par de gritos, y al final sólo escuchó el silencio.

Capítulo 6

6. Una pequeña, gran victoria.

Hay muchas maneras de encontrar una salida. Muchas maneras de ir de un punto a otro, muchas maneras de salir de un lugar que no conoces. Muchas maneras de dar con una solución a un problema que parece imposible. Muchas, muchas maneras de resolver un asunto complicado. Y a pesar de que a veces la suerte o la casualidad puedan ayudar, es mejor no esperar que influyan demasiado en las decisiones que uno toma. Y eso mismo pensaba Dwanvelin, porque, aunque había muchas formas de hacer las cosas, lo único que de verdad importaba era cuántas de ellas conocías.

A lo largo de su dilatada existencia había transitado por los rincones más inhóspitos del mundo, y sabía por experiencia que confiar en factores externos era, en la mayoría de las ocasiones, una irresponsabilidad y un peligro. Uno es quien es por las cosas que puede hacer por sí mismo.

El salvaje torrente de agua discurría calmo y suave a aquella altura del profundo laberinto, lamía las botas del enano y se alejaba galería abajo, colmando el espacio de un sonido relajante; el ronroneo de una fiera que se ha cansado de ladrar.

Sí, el famoso enano tenía su propia manera de hacer las cosas.

Barbazul había escogido una pared al azar, se había acercado a ella y, con ambas manos apoyadas en la piedra, se había quedado totalmente inmóvil. Había dejado de lado todo pensamiento inútil, había cerrado las puertas del futuro y el pasado y se había atrincherado de forma inflexible en un presente eterno. Su respiración era lenta y profunda. Sus sentidos permanecían alerta, expectantes. Sus músculos, petrificados, no se movieron un ápice. Su consciencia salió de su cuerpo a través de sus palmas, se enroscó en la misma piedra que palpaba y se expandió en todas direcciones.

Sintió que su cuerpo físico se desvanecía, para luego transformarse en una masa viva de la cual brotaba una ingente cantidad de tentáculos que crecían en todas direcciones y se perdían lejos, mucho más allá de lo imaginable.

Cuánto tiempo permaneció en ese estado nunca nadie lo supo.

Se movía hacia el sur, norte, este y oeste al mismo tiempo. Torcía a izquierda, a derecha, y también justo al contrario en el mismo instante. Viajaba a través de una infinidad de posibles caminos; una red entera de bifurcaciones, ramales y cruces que se entrelazaban de innumerables maneras. Podía sentir el más pequeño espacio entre dos piedras mientras mantenía la certeza de ser una malla orgánica, viviente, de inabarcable tamaño.

Por suerte para Dwanvelin, su raciocinio no podía desplazarse a esas velocidades, pues de haberlo conseguido se hubiera vuelto loco.

Torcó un recodo y, al girar, llegó a un camino sin salida. Su visión empezó a oscurecerse. El vínculo era débil, estaba demasiado lejos del origen. Trató de volver hacia atrás y su campo de visión fue aumentando paulatinamente. Tomó otra dirección, trazó un camino diferente y antes de poder advertirlo todo se fundió a negro.

Un sobresalto le hizo despegar las manos de la pared. Maldito mago... Todo se extiende demasiado en demasiadas direcciones. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano e inspiró hondo. hizo crujir su cuello volteando la cabeza y trató de serenarse.

De nuevo volvió a modular su respiración y, poco a poco, todo a su alrededor empezó a alejarse de su mundana percepción.

Su conciencia abandonó una vez más su cuerpo. Saltó de piedra en piedra utilizando como puente diminutos e imperceptibles guijarros que las separaban. Empezó a aumentar la velocidad y sintió que se acercaba a una zona inexplorada. Redujo la velocidad y vagó lentamente por los siguientes pasillos, escudriñando cada porción de aquellas galerías con férrea determinación. Su consciencia saltaba de aquí para allá a la velocidad del pensamiento en busca de una salida.

Tras deambular durante otro largo periodo de tiempo, algo le llamó la atención. Sintió una ligereza extraña y se concentró en ella. Tras focalizar su intento en encontrarla se impulsó con fuerza y salió disparado a una velocidad brutal. Giró un par de veces antes de toparse con un pasillo curvo que torcía al norte en un brusco giro, redujo su velocidad de forma considerable y se puso a buscar a lo largo de aquel pasillo, percibiendo cada vez más cerca la extraña inconsistencia.

Al fin la encontró.

Surcó lentamente los últimos metros y se detuvo frente a ella. Se quedó allí flotando en medio de la galería, observando una pared que cerraba el paso. Sintióse atraído por la extraña anomalía, se fue acercando a una diminuta mella que había en lo alto de la pared. Se coló a través de la misma y, tras cruzar al otro lado, salió al fin a una enorme

sala circular.

¡Por fin! Había encontrado una forma de salir de ahí.

Su consciencia viajó de vuelta y se ensambló de nuevo en su cuerpo físico con suavidad, como ocurría siempre. Sus ojos volvieron a ver la pared que se elevaba frente a él. Sus oídos recobraron su función y de nuevo pudo escuchar el suave transitar del agua bajo sus botas. Su nariz olfateó de nuevo el olor a humedad que flotaba en el interior de aquel laberinto insondable. Su boca se había secado y tenía la lengua tan tiesa como un trozo de piel muerta y reseca. Sus músculos fueron despertando de forma paulatina y, el hormigueo que los rodeaba, desapareciendo.

Se secó el sudor de la frente, con el corazón todavía acelerado, despegó los pies del suelo y empezó a chapotear en dirección sur.

La mujer roncaba cuando llegó Barbazul. Parece que ha descansado más que suficiente. Se agachó a su lado, le puso una mano en el hombro y trató de despertarla zarandeándola con suavidad.

—Despierta, vamos —Dwanvelin se puso en pie al ver que volvía a recobrar la consciencia.

—¿Eh? —fue todo cuanto pudo decir.

—Venga, levanta, tenemos que movernos —el enano se acercó a su mochila, abrió la solapa del bolsillo principal y empezó a manipular su contenido. Cogió un trozo de fina cuerda y, tras cortarlo con una pequeña navaja, lo aseguró en uno de los bolsillos laterales. Acto seguido sacó un pequeño botecito de cristal, lo destapó y olió su interior. Su mostacho se frunció en una mueca de asco. Después cabeceó, satisfecho, y colocó ese mismo tarro en el bolsillo en el que había dejado la cuerda. Cerró el resto de solapas de la mochila y se la ciñó a la espalda. Recogió el hacha que descansaba en la pared y, pasando la cabeza del mango a través de una estrecha correa de cuero, la dejó colgando a un lado del cinturón.

—¿Dónde has estado? —Olna se había puesto en pie al fin. Tenía la pierna y el brazo derechos rígidos. Un leve hormigueo le recorría ambas extremidades y se perdía al entrar en contacto con los nervios de la columna— Cuando me he despertado ya no estabas.

Dwanvelin se puso a caminar ignorando por completo la pregunta. Estaba cansado. Estaba realmente cansado. Había realizado un enorme esfuerzo tratando de encontrar una salida a aquel laberinto cambiante. Tenía sed y hambre, pero estaba claro que no tenía ganas de entablar una

conversación.

Olna dio un par de zancadas, renqueando. Sentía una extraña sensación en el exterior de la pierna derecha. La tenía parcialmente dormida y no le dolía demasiado al apoyar el pie, pero había algo en todo aquello que no terminaba de cuadrar.

Echando mano de los últimos recuerdos que pudo recuperar, se vio a sí misma bregando con furia debajo del agua, manoteando, aguantando la respiración con los pulmones a punto de estallar. Sintió de nuevo el martilleo incesante del corazón en la cabeza. Se había dado unos golpes tremendos mientras trataba de salir a flote. Varios chasquidos internos, muy intensos, y luego dolor, mucho dolor. Tras aquello, un velo oscuro e impenetrable se difuminaba hacia vigilia; no había nada más que rascar.

Se palpó en busca de secuelas, pero no encontró nada que estuviese roto.

—Oye, Barbazul —Olna se afanó en recoger sus cosas, y aunque la velocidad que deseaba imprimir a sus músculos no se veía reflejada de forma justa en sus torpes movimientos, logró alcanzar al enano antes de que girase en el siguiente recodo—, ¿cuanto tiempo he estado inconsciente?

Por toda respuesta, la mujer solo recibió un gruñido.

Olna no podía obviar el hecho de que veía al enano caminar con paso demasiado firme y seguro.

Al principio, se dijo a sí misma, quizás fuera por el contraste que le generaba verse a ella torpe y perdida, pero tras observar al enano cabecear en cada bifurcación y en cada cruce como si algo que ella no podía ver corroborase una u otra elección, le hizo cambiar de parecer. Estaba claro que sabía exactamente adónde iba.

—Bueno, ¿qué hay del resto? ¿No vas a explicarme nada? —En ese momento Olna utilizaba la vaina de la espada a modo de muleta. Aunque no le dolía en exceso la pierna, el hormigueo que sentía por toda ella no le gustaba demasiado. La sentía débil, floja. No lograba fiar del todo su peso en ella, así que prefirió no jugársela— No es que me importe demasiado volver a ver a mi marido, ya sabes —sonrió con aire ausente mientras el rostro de su querido esposo se dibuja frente a ella—, pero me gustaría saber qué voy a tener que decirles a mis hijos cuando vuelva a verlos si él no está conmigo para entonces.

El enano no respondió. Siguió caminando durante un rato hasta que llegaron a una intersección. La mujer observó que Barbazul asentía varias veces, gruñía de forma afirmativa y después se adentraba en la galería que tenían a su izquierda. Estaba claro, se dijo, que estaba recordando el camino.

No sabía por qué, pero tenía la sensación de estar siendo dirigida a una trampa. Le incomodaba ser la torpe del grupo, la que no tenía toda la información, la que se desplazaba a ciegas por un terreno que no conocía, la que se sorprendía a sí misma agazapada tras los recodos que dejaban atrás.

Aquella sensación no le gustaba un pelo. Sabía que, antes o después, se abriría un agujero en el suelo y caería un largo rato antes de estamparse contra un fondo oscuro y húmedo. Visualizó el techo desmoronándose y aplastándole la cabeza contra el empedrado. La sensación de recibir un último golpe, puñalada o flechazo crecía en cada bifurcación. Tenía los nervios a flor de piel, y todo parecía una potencial amenaza. Y el maldito enano caminaba por aquél lugar como si fuese el jardín de su casa. Un jardín en forma de laberinto, lleno de trampas y cazadores y asesinos.

Olna, lejos de tranquilizarse, se puso más nerviosa al recordar los motivos por los cuales se habían embarcado en aquella extraña aventura. Habían tenido que invertir los pocos ahorros que tenían en cruzar el continente entero para poder entrevistarse con el famoso Dwanvelin Barbazul. Antes, por supuesto, habían tenido que pagar un precio muy alto por un chivatazo sobre su ubicación. No había sido fácil, ni barato, pero lo habían conseguido.

Recordó a Shaun, Loe y Aminda. ¿Qué estarían haciendo en ese momento? se preguntó.

Los habían dejado a cargo de su hermana durante tres meses y no tenían con qué pagar más tiempo que aquel. Para su desgracia, su hermana no era de las que perdía el tiempo haciendo favores. Ni siquiera a los de su propia sangre. Su estúpida y maloliente hermana, qué familia.

Calculó que habían invertido ya cuatro semanas y media en llegar a Kera, y que no habían pasado más de tres días desde que partieron de la ciudad, pero tampoco podía estar segura. Así que sólo les quedaba algo más de tres semanas para llegar al destino, conseguir lo que el enano necesitaba y volver a la ciudad. Una vez allí quizás pudiesen acelerar el viaje de vuelta si todo iba bien.

Sus ojos se habían ido humedeciendo. Parpadeó un par de veces y, con un nudo en la garganta, se secó las lágrimas que empezaron a brotar

de ellos con la manga de su camisa.

—¿Y bien? —la tristeza de Olna se empezó a transformar en un sentimiento muy diferente al que había sentido al recordar a sus tres hijos
—¿Nada?

Todo cuanto obtuvo de su acompañante fue un bufido.

—Maldita seas, te pasas el día gruñendo como un animal, ¿es que no sabes hablar? —Olna ya no sentía ningún hormigueo en la pierna y tenía su puño libre apretado. Ya no renqueaba y tenía unas ganas enormes de partirle la cara a ese estúpido enano barbudo. A él y a todos los que esperaban tras las esquinas para darle caza.

—¡Maldita sea, exijo una jodida explicación!

Dwanvelin se detuvo en seco y Olna estuvo a punto de tropezar al detenerse también.

—¿Una explicación? —preguntó Barbazul todavía sin girarse— ¡Que me exiges una explicación! —Ahora caminaba hacia ella dando largas zancadas. Cuando estuvo a una brazada de distancia se detuvo.

El enano ya no bufaba, ya no hacía ruidos extraños. Ya no parecía un animal salvaje y estúpido. Olna supo que en ese momento se abriría el suelo bajo sus botas, que el techo se desplomaría sobre su cabeza y que una flecha tras otra se iría abriendo paso por todo su cuerpo hasta dejarla como un colador.

Todo a su alrededor empezó a vibrar, o eso habría jurado Olna, que, sin darse cuenta, había dado un par de pasos hacia atrás. Vio como el enano crecía. ¿Cómo era eso posible? Su periferia se oscureció y el hormigueo que sentía en sus adormecidas extremidades se convirtió en un creciente dolor.

Dwanvelin la miraba con el ceño fruncido, los ojos hundidos y oscuros brillaban con el color de la sangre. El azulado color de su cabello pareció volverse de un gris claro, brillante.

—¡¿Quién mierdas te crees que eres para exigirme a mí una explicación?! —La voz de Barbazul sonaba profunda como un pozo antiguo. Su silueta siguió creciendo, y la mujer dio un nuevo paso hacia atrás— ¡Si a alguien has de exigir una mierda, es a tí misma, imbécil! ¡Por tu culpa estamos aquí ahora, día y medio después de que te hicieras la fuerte y valiente, cruzando delante de mí cuando estábamos a punto de conseguir llegar al umbral que nos separaba de nuestro objetivo!

El rostro de Olna empezó a bullir de vergüenza. Sus ojos saltaban de un punto a otro frente a ella, tratando de evitar mirar al enano a la cara.

—Yo...

Dwanvelin la observaba ahora con la cabeza ladeada. Esperó unos segundos, pero nada ocurrió. La voz de la humana se apagó, dejando la frase a medio empezar.

—Si te callas de una puta vez y dejas que me concentre en mi tarea los verás pronto —El enano parecía haber menguado de tamaño. El miedo que había atenazado a Olna se había esfumado por completo—. En cambio, si sigues molestando con tus tonterías, lo más probable es que terminemos tomando un camino equivocado y nos pasemos aquí abajo encerrados mucho más tiempo del que te gustaría.

La mujer frunció el ceño y bufó con hastío. No le gustaba nada que la trataran de ese modo, pero no estaba en situación de quejarse. El enano tenía razón, se había comportado como una idiota.

—Lo que tú digas —se encogió de hombros y con un gesto de su cabeza le indicó al enano que podían proseguir la marcha. No iba a quejarse, pero tampoco le iba a pedir disculpas a un idiota como él.

Dwanvelin andaba a paso ligero, obligando a Olna a concentrarse en sus propias zancadas. Ahogó más de una queja, ya fuera por el dolor, por el cansancio o por el mismo aburrimiento que sentía, pero no tenía la más mínima intención de volver a darle al enano el placer de soltar un nuevo reproche sobre lo mucho que le gustaba hablar.

Se pasó la siguiente media hora centrando su atención en hacer que la pierna derecha se moviese a la par que su compañera, tratando de no quedarse rezagada. Y así de concentrada permaneció durante la siguiente hora.

Tras torcer el enésimo recodo, y con Olna bastante rezagada, bufando de cansancio y con la respiración acelerada, Dwanvelin se detuvo.

—Quédate ahí —el enano le hizo un gesto con la mano sin detenerse—, no te muevas.

Olna lo vio alejarse a través de un pasillo curvo y todo a su alrededor

quedó en silencio durante lo que sintió como una eternidad.

Cuando la mujer empezaba a impacientarse, un grito llegó hasta sus oídos a través de un prolongado eco. Era un grito de felicidad. Después el eco se transformó en una risa terrible.

El enano se encontraba al fin ante la pared que había estado buscando. La reconoció porque, tras examinar meticulosamente toda su superficie, había encontrado el pequeño orificio con el que horas antes se había topado en aquel mismo lugar. Chúpate esa, maguito de las huevas. Una carcajada hizo retumbar la caverna y se alejó con rapidez a través del túnel por el que había llegado hasta allí.

Una sonrisa ancha se dibujó bajo su poblado mostacho. Se descolgó la mochila que llevaba a la espalda, se descolgó el hacha del cinto y se sorprendió tarareando una melodía. ¿Cuánto tiempo hará que no me divierto con estas cosas?

Sacó del bolsillo lateral la cuerda fina y el tarro. Tras desenroscar la tapa y quitarse los guantes, huntó la cuerda con aquella masa pegajosa utilizando los dedos pulgar e índice. De otro de los bolsillos sacó un nuevo recipiente, y utilizando una pequeña cuchara de madera, recogió un poco del interior y trató de verterlo en el agujero tan hábilmente como pudo. Terminó de colocar aquellos polvos con los dedos y entonces observó que la cuerda no iba a caber.

Volvió sobre sus pasos y deshilachó una de las puntas de la cuerda hasta que las finas hebras que la formaban se separaron lo suficiente. Con toda la pericia de la que fue capaz, introdujo la cuerda a través del agujero hasta que quedó todo lo firme que podía quedar. De su mochila sacó una navaja, una pequeña piedra de magnesio, desgastada por el uso, y un pequeño trozo de madera que untó con aquella masa pringosa.

La navaja raspó la piedra y, tras varios intentos, una de las chispas saltó en la dirección correcta, prendiendo la pequeña pieza de madera al entrar en contacto con la mezcla. Acercó la llama al trozo de cuerda que colgaba de la pared y esta empezó a arder.

Dwanelin, satisfecho por aquello, tardó en reaccionar ante lo que se venía. Sus ojos se abrieron como platos y, sin tiempo a recoger lo que había desperdigado por el suelo, salió corriendo del lugar. El fuego que prendía en la mecha ascendió a gran velocidad; al enano no le dio tiempo a alejarse demasiado.

La onda expansiva le impulsó contra la pared curva y, por un instante, el mundo se puso del revés. Se golpeó de morros contra la piedra y rebotó

un par de veces contra el empedrado hasta que su cuerpo se detuvo al fin. Acto seguido, una nube de polvo lo envolvió en tinieblas. Le pitaban los oídos. No podía respirar. Le dolía la nariz, la frente, el hombro derecho y un costado. Todo parecía vibrar.; el suelo, su cabeza, sus extremidades, el mismo aire. Tosió y tosió hasta que su garganta estuvo a punto de desgarrarse. Le ardía el pecho.

Al abrir los ojos no pudo ver nada.

Le rodeaba una cantidad exagerada de polvo en suspensión y tenía la sensación de no saber con certeza dónde estaba el norte y dónde el sur. Se llevó una de sus mangas a la boca y empezó a respirar de forma entrecortada. Luego trató de ponerse en pie, arrastrándose hacia una zona donde el ambiente parecía menos denso. Escuchó un sonido, y otro. Algo parecido a una voz, quizás. Una oscura silueta, que vibraba debido al torbellino que sacudía las partículas en suspensión que lo rodeaban, apareció ante él, borrosa y oscilante. Otro sonido. Más gritos. Tosió de nuevo. Trató de ponerse en pie, pero todo seguía dándole vueltas.

Algo le agarró de las solapas de su camisa y tiró de él. Poco a poco se fue alejando de aquella densa nube de polvo. Ahora sentía que le era más fácil respirar. De nuevo otro sonido. Reconoció la silueta que lo arrastraba. Era la mujer con la que había estado viajando durante las últimas horas. La terrible y pesada mujer. Qué fastidio.

—¿Qué coño ha pasado? —gritó Olna. Tras arrastrar al enano varios metros, las piernas le fallaron y cayó de culo al suelo, soltándole.

Dwanvelin quedó allí tumbado un instante, respirando trabajosamente. Olna fue observando cómo la polvorienta y densa nube se alejaba. Parecía estar siendo absorbida por el pasillo curvo. Al cabo de unos minutos, la espesa polvareda se había retirado por completo. Ya sólo quedaba de ella los restos de piedra más gruesa que había logrado transportar y que ahora descansaban sobre el empedrado.

Barbazul se recostó, tosió un par de veces y tras ponerse de nuevo en pie hizo una serie de estiramientos. Al tratar de mover el brazo derecho por encima de su cabeza sintió un dolor punzante que le recorrió desde el hombro hasta la base de la columna. La cabeza había dejado de darle vueltas, pero ahora sentía un dolor atroz en su rostro. De su bulbosa nariz y de su frente manaba sangre, que se filtraba por entre el tupido mostacho y la enmarañada barba y tintaba sus cabellos de un carmesí oscuro. Aquello le confería un aspecto mucho más repugnante del que ya lucía de forma habitual. Se sorbió la nariz un par de veces y escupió un gargajo pegajoso al suelo, manchándolo todo de sangre.

Bueno, podría haber sido mucho peor. Miró de reojo a Olna, que se había quedado tumbada con los codos apoyados en el suelo, y le

observaba con las cejas arqueadas.

—¿Me vas a contar qué coño ha ocurrido ahí? —señaló con la barbilla en la misma dirección por la que había desaparecido la nube de polvo.

—¡Mierda! —Dwanvelin salió corriendo hacia el pasillo, bufando a cada zancada debido al dolor que sentía en el hombro derecho y en su costado izquierdo.

Tras unos instantes se encontró delante del agujero que la explosión había abierto en la pared.

Dwanvelin chasqueó la lengua, decepcionado. No era aquello lo que había esperado, la verdad. La potencia de aquella deflagración había creado en el enano unas expectativas mucho mayores de las que tenía justo delante.

—La densidad de esta roca es mucho mayor de lo que esperaba —explicó a Olna, que se acercaba al enano con paso renqueante. Observó el pequeño agujero que se había abierto en la pared y todas sus preguntas se vieron resueltas de inmediato.

—Tiene que haber algo más a parte de la densidad —respondió la mujer, acercándose al agujero y observando su contorno. Palpó las piedras que limitaban la oquedad con el ceño fruncido—. Estas piedras han quedado intactas. Ni siquiera tienen marcas de abrasión.

—Hum —gruñó el enano mientras se acercaba—. Eso tiene que ser cosa del maldito Marchymae.

Recogió uno de los cascotes que había bajo sus botas y lo golpeó contra la pared. La piedra se rompió en varios trozos que se le escurrieron de la mano y cayeron, de nuevo, al suelo polvoriento. Ambos se quedaron mirando un instante, y luego se encogieron de hombros casi a la vez.

—Sea como sea —Olna miró a Barbazul de arriba abajo frunciendo los labios—, ¿crees que vas a caber por ahí?

Dwanvelin no respondió. Seguía observando aquel agujero con aire ausente.

Horas antes había estado recorriendo sin pausa una inmensa cantidad de pasillos, de recovecos, de bifurcaciones, de cruces. Y la única anomalía que había detectado en todo ese tiempo había sido el diminuto agujero que había servido para abrir aquella oquedad. ¿Por qué? ¿Qué o quién había creado aquella pequeña muesca en una pared perfectamente protegida? ¿Podría ser, quizás, que el gran Marmae no fuese tan grande

después de todo?

Con todas aquellas preguntas danzando en su cabeza, buscó el hacha que, con todo el resto de sus pertenencias, yacía desparramada en las proximidades. Se agachó para observar su hoja, que seguía intacta. Por el contrario, el mango de madera a la que iba sujeta se había partido en varios trozos, totalmente calcinados. Así que como me dijo Reus al vendérmelas, es probable que este hacha fuese forjada por él mismo en persona. Chasqueó los labios e inspiró con amargura. Lamentó haber tenido que deshacerse de su gemela para salvar a aquella mujer. Pero, en fin, todo pasa por algún motivo. Cogió la hoja del hacha y se la colocó en la espalda, bajo el cinturón de sus pantalones.

—Mentiría si te dijese que no me va a costar —respondió al fin el enano, señalando el agujero que había en la pared—, pero sí, pasaré.

Se encogió de hombros y se dio la vuelta para hacer una revisión exhaustiva de lo que todavía podía aprovechar de todas sus pertenencias. Se agachó, alzó la mochila de cuero, que estaba hecha jirones y empezó a caer al suelo lo poco que quedaba en su interior. La bolsa de piel en la que guardaba la comida se desmenuzó en sus dedos, esparciendo trozos de comida carbonizados sobre el empedrado. Chasqueó la lengua con rabia. Se maldijo a sí mismo por su torpeza. Se había dejado llevar por el orgullo. El orgullo por haber derrotado al que probablemente fuese el mago más grande de toda la historia. Un orgullo que no le había traído más que una nariz rota, una herida abierta en la frente y el hombro derecho y un costado doloridos. Ese estúpido orgullo.

Negó con la cabeza y se volvió hacia la mujer, que le observaba con una mueca de diversión mal disimulada. Estaba apoyada en la pared, junto al agujero, con los brazos entrelazados a la altura del pecho.

—Una historia muy divertida que contar, ¿no te parece? —dijo con tono burlón.

Olna creyó ver cómo el mostacho del enano se torcía dibujando una mueca de rabia. Acto seguido, se apartó de la pared, dejándole espacio para que pudiese maniobrar.

Él se encogió de hombros mientras pasaba a su lado.

Su rostro volvía a ser una máscara inescrutable, cubierta casi en su totalidad por un denso cabello azulado, arañado en varios mechones por un rojo oscuro y reseco.

—Mientras cuentes toda la verdad... —Dwanvelin se detuvo a su altura

con los brazos en jarras, esperando a que ella hiciera la pregunta obvia.

—¿Qué verdad? —No pudo resistir la tentación.

Dwanvelin prorrumpió en carcajadas. Su voz retumbó con profundidad en la galería, perdiéndose más allá del pasillo por el que habían llegado. Los humanos eran tan previsibles. La sonrisa de Olna había desaparecido de su rostro.

El enano se giró con exagerado dramatismo, y se quedó mirando a la mujer de arriba abajo.

—Mientras cuentas que te sané una pierna partida en varios trozos —empezó, señalando la pierna derecha de su interlocutora—, mientras cuentas que te salvé de morir ahogada, mientras cuentas que te saqué de uno de los laberintos creados por el más grande de todos los magos de la historia —Olna trataba ahora de evitar la mirada del enano; se sentía estúpida—, no tendré ningún problema en que me menciones.

Barbazul se encaramó a la pared, pero antes de adentrarse en el agujero se detuvo. Tampoco él pudo resistir la tentación.

—Si cuentas toda la verdad, incluso podremos reírnos juntos de una vieja mochila hecha mierda.

Y acto seguido empezó a colarse por la abertura que había en la pared.

Capítulo 7

7. Los habitantes de las galerías.

Creem se dijo que una cosa era escalar con presas de buen acero, agujeros seguros de piedra sólida y una buena cuerda, entre otras cosas, y otra bien distinta era caminar por una estrecha balconada de piedra resbaladiza mientras, teniendo una caída interminable a una paso de distancia, agua helada en suspensión emborronaba todo a tu alrededor.

El pulido de las piedras por las que ahora se deslizaban resultaba un aliciente extra al temor que sentía. Un aliciente de esos que no agradan. De esos que no sirven como estímulo para la motivación. Era más bien un escollo que le atenazaba las extremidades. Estaba empapado, temblaba de frío y de miedo. Se detuvo un segundo y se obligó a mover los dedos de las manos y los dedos de los pies una vez más. El agua helada, que se derramaba desde su cabello mojado, se filtraba por el cuello de la camisa y se iba colando por todos los rincones secos de su piel. Un chop-chop acompañaba cada paso que daba. En las botas se le había empezado a acumular una cantidad de agua considerable y se le estaban empezando a congelar los pies. Ya no sentía sus dedos, pero tenía que seguir moviéndolos. Se sentía como un niño torpe que trata de mantenerse en pie por primera vez. Un niño torpe y desvalido. Mutilado por su limitada condición de humano. Siempre rodeado de adultos, más ágiles, más valientes y decididos, más inteligentes y audaces. Y empezaba a hartarse de aquella sensación.

Las piezas de cuero se habían reblandecido y adaptado a la forma de sus hombros y su pecho, incomodando cada brazada que daba para afianzarse en la pared. Las piezas de metal chirriaban contra las piedras, rígidas y brillantes, y el tintineo de las mismas energía desde las piernas hacia la espalda, añadiendo una molestia más al conjunto contra el que ya peleaba.

Todo lo que hasta ahora había sentido que le protegía del mundo exterior se había convertido en un estorbo del cual, de haber tenido un poco más de espacio bajo sus pies, se hubiese desprendido de buena gana.

Gruñó con una mezcla de pánico e ira y se forzó para no mirar de nuevo hacia abajo.

Por encima suyo, a algo menos de quince metros de distancia, se encontraba el origen de aquella enorme cascada. El agua salía expulsada

de la piedra a través de un orificio de contornos suaves y relucientes. El enorme y ancho agujero horizontal escupía el agua con una fuerza que retumbaba en el pecho y la cabeza del mercenario, haciendo que todo a su alrededor temblase como si fuese a explotar de un momento a otro. Fríos y agresivos chorros de agua oscilante se desprendían de la enorme y titilante masa acuosa, caían con una furia terrible y empapaban las paredes contiguas que descendían junto a la cascada, cubriendo las piedras de una capa resbaladiza e impracticable.

Su corazón latía con fuerza, desbocado, y su mente, aturdida, trataba de mantener la verticalidad de su agarrotado cuerpo.

Más allá de la vertiginosa y resbaladiza balconada por la que a duras penas se arrastraba, se abría ante ellos un pozo de dimensiones colosales. Su diámetro, según los cálculos de Lasdriel, era de algo más de dos kilómetros.

Marchaban lentamente, apretados a la pared curva por la que llevaban largo rato descendiendo, a través de peligrosos salientes, estrechos y húmedos voladizos, rocosas protuberancias que se convertían en improvisados asideros y algún que otro sendero estrecho de roca pulida.

—¡Estás segura de que vamos bien! —gritó Creem a todo pulmón con la espalda aplastada contra la pared. El rugir de la masa enorme de agua cayendo a pique a pocos metros opacaba cualquier otro sonido y, si Lasdriel se hubiese girado en ese instante, sólo hubiese visto a Creem mover la boca con el rostro empapado, enfurecido y asustado al mismo tiempo. No hubiese escuchado nada más que el bramido de un millón de toneladas de agua esparciéndose por doquier.

Creem siguió tan de cerca como pudo a Lasdriel, tratando de no caer al oscuro vacío circular que se abría a sus pies, tan negro y profundo como la garganta de un titán hambriento. ¿Por qué ella no parecía tener ningún problema? ¿Por qué era él siempre el lastre? El maldito enano ya lo había dejado claro con anterioridad, y ahora la elfa seguramente pensase lo mismo.

Con cada paso que daban se alejaban un poco más del enorme y ruidoso salto de agua. De las rocas mojadas y resbaladizas. De las altas posibilidades de caer el vacío y terminar espachurrados sobre un suelo lejano y negro. Del agarrotamiento que sentían sus extremidades y del frío helador con el que habían estado tratando de moverse durante las últimas horas.

Lasdriel daba pasos cortos, a veces arrastrando las suelas de las lustrosas y pesadas botas de cuero por la piedra, a veces de puntillas, a veces dando pequeños saltos o largas zancadas entre espacios vacíos.

Se sentía mejor en aquel enorme espacio circular con el ruido de la cascada de fondo. Mucho mejor que dentro de aquel laberinto interminable y angosto, frío y pesado. Mucho mejor que sintiendo un peso indescriptible sobre sus hombros. Se detuvo un momento y miró hacia arriba. Con lo ancha que era aquella abertura, que se elevaba recta hacia el cielo y fundiéndose lentamente a negro en las inabarcables alturas, le extrañaba mucho no poder ver, siquiera, un pequeño atisbo de luz que se derramase del exterior. No lograba hacerse una idea de cómo de profundos debían estar si el mismo sol era incapaz de abrirse paso, con sus potentes y luminosos haces de luz, a través de aquella negrura que limitaba su visión. Sus hombros se hundieron de nuevo con el peso de aquellos pensamientos.

Aprovechando que había llegado a un estrecho abrigo escarbado en la misma piedra, se detuvo y echó un vistazo hacia abajo. Habían pasado la mayor parte del trayecto descendiendo en círculos a lo largo de aquel abismo, y esperaba encontrar algo que cambiase aquella fría y oscura monotonía.

Abajo y a lo lejos, rasgando el velo de la misma negrura con su afilado y desigual perfil, se dibujaba una plataforma de piedra rectangular que nacía de un trozo ancho de pared y crecía hacia el centro del profundo agujero. Medía algo más de doscientos metros de largo y poco menos de la mitad de ancho.

Al llegar Creem a su lado, ambos se quedaron mirando hacia abajo, pero el hombre no entendía nada. ¿Por qué sonreía la elfa? Se la quedó mirando con las cejas arqueadas, esperando una buena noticia.

—¡Allí abajo parece que hay algo de tierra firme! —Aunque se habían alejado un tanto del estrépito que generaba el sonido del agua cayendo, todavía necesitaban alzar la voz para poder comunicarse. Vio que Creem esbozaba una sonrisa—. ¡Vamos!

Lasdriel reanudó la marcha con el corazón acelerado y con una nueva tensión gobernando sus movimientos. Ahora que estaban tan cerca, se dijo, sería una lástima dejarse llevar por la prisa y caer al abismo.

Lo único que de verdad le preocupaba eran las posibilidades que tendrían de seguir una vez estuviesen allí abajo. No tenía ni la más remota idea de cómo iban a poder volver a subir hacia la superficie con todo lo que habían bajado. A lo largo del descenso habían visto grandes agujeros en la pared que probablemente conectaban con el laberinto del que venían, pero todos ellos se encontraban en lugares inaccesibles,

demasiado altos y demasiado lejos. Hubiera sido tan peligroso como casi imposible escalar hasta ellos desde el camino que habían tomado. Así pues, y con gran esfuerzo, alejó aquellos pensamientos de su cabeza para cuando hubiesen llegado a tierra firme.

Poco a poco, según descendían y se acercaban al rectangular rellano que se erguía de entre la oscuridad allí abajo, el camino se iba ensanchando y secando. La atmósfera se fue atemperando y una extraña calma y silencio se fue acercando. Aquello ayudó a acelerar el descenso, que finalmente no llevó mucho tiempo.

Saltaron de un saliente a otro, ambos separados por un vacío mortal de algo más de una zancada larga y se estrujaron contra la pared que se elevaba del siguiente balcón, que era tan ancho como para poder sentarse sin que les colgasen los pies por los bordes de piedra.

Lasdriel se giró en redondo con el ceño fruncido y se llevó el dedo índice a sus labios. Su rostro de espanto enmudeció a Creem por completo.

La elfa había escuchado algo. Unas voces. Un par de voces, de hecho. Un par de voces cuyo idioma no conocía. Se agachó lentamente, se puso de cuclillas y con un ademán de su mano le pidió a su compañero que hiciera lo mismo.

El hombre se apretujó contra el suelo al ver que Lasdriel hacía lo propio. Se dio cuenta de que tenía el corazón acelerado. Un sudor frío le empezó a brotar de la frente. Vio que la chica arrastraba su cuerpo hacia uno de los bordes del saliente y le empezó a invadir una sensación de urgencia. ¿Qué era lo que había escuchado? ¿Qué tipo de criaturas podía haber allí abajo?

Lasdriel se asomó lentamente, tratando de no exponerse demasiado, y entonces los vió. Más allá de una enorme cantidad de salientes rocosos, pequeños agujeros excavados en la pared e irregulares balcones de perfil escabroso que se hallaban a diferentes alturas. Mucho más allá de todo eso, los vió.

Eran dos extrañas criaturas de aspecto humanoide. De su cabeza se desprendían mechones lacios, canosos y grasientos que terminaban posándose sobre unos hombros escuálidos y peludos. El resto de su cuero cabelludo era un cúmulo de clapas purulentas y pringosas. A ambos lados de sus huesudas cabezas se erguían unas enormes orejas cuyas puntas eran trozos translúcidos de pellejo que descansaban flácidos bajo los cartílagos principales. Su piel era de un verde macilento, enfermizo, moteada de costras y heridas supurantes. Su rostro poseía un largo hocico bajo el cual se amontonaban una enorme cantidad de afilados dientes amarillos. Caminaban a dos patas y parecían vestir algún tipo de tela

roída, deshilachada, vieja y podrida. No portaban armas, pero sus retorcidas extremidades finalizaban en unas manos anchas y unos pies huesudos, los cuales, a su vez, se hallaban rematados por unos dedos igualmente anchos y gruesos que terminaban en garras afiladas de aspecto amenazante.

Los vio caminar, encorvados y renqueantes, hacia la ancha superficie de piedra a la que ellos mismos se estaban dirigiendo. Aquellas alimañas parecían estar alejando sus posturas en lo que demonios fuera que andaban discutiendo, porque su voz se había ido agudizando y su tono se había vuelto mucho más violento. Lasdriel pensó que, si esperaban un rato más sin hacer nada, el problema que les había surgido se acabaría solucionando por sí solo. Al menos contaban con el factor sorpresa y una posición realmente ventajosa. Y ella tenía un arco. Y flechas. Y aquellos extraños seres ni siquiera tenían con qué vestirse.

Reculó arrastrándose hacia atrás, se impulsó lentamente con sus brazos y terminó por recostarse contra la pared. El mismo balcón sobre el que estaban servía de parapeto y era imposible que los vieran desde abajo.

Vio que Creem se acercaba para que pudieran hablar en voz baja.

—Bueno —dijo en un susurro—, suéltalo.

Lasdriel parecía estar buscando las palabras adecuadas. Frunció el ceño y torció los labios.

—Dime, ¿qué has visto?

—No sé qué son exactamente, pero dan bastante asco. Seguro que si nos acercamos lo suficiente podremos oler cuánto apestan.

—¿Qué? —preguntó Creem, algo alterado—. ¿Sólo se te ocurre decirme eso? —Antes de terminar la pregunta ya se estaba arrastrando por el suelo imitando los movimientos que había visto hacer a la elfa. Ella puso los ojos en blanco y suspiró hondo—. ¡No veo nada!

—Pues claro que no, tonto del culo —Le cogió de la camisa y tiró de él para que se alejara del borde—, están bastante lejos todavía.

Creem no se acostumbraba a ese tipo de cosas. No le entraba en la cabeza que pudiese haber gente que tuviese unos sentidos tan evolucionados. ¿Una visión capaz de atravesar una negrura como aquella? ¿Un oído que alcanzaba el kilómetro de distancia? Se quedó mirando a la joven muchacha y sintió una punzada de celos. De nuevo se sintió como un niño pequeño, torpe y estúpido. Él sólo era un hombre común, con un

cuerpo corriente y unas habilidades bastante ordinarias.

Seguía teniendo la ropa pegada a la piel, incomodando cada movimiento que hacía, así que aprovechó para sacarse las botas y vaciarles el agua que se habían ido acumulando. Al sacar los pies, los dedos sintieron un calor agradable. Se los masajeó durante unos momentos hasta que volvió a sentirlos. Se puso de nuevo las botas, se tumbó y quedó tendido boca arriba.

—¿Y crees que pueden suponer una amenaza? —le preguntó, mirándola de reojo—. Es decir ¿tienen pinta chungu?

Lasdriel dejó que su mirada se elevase lentamente a través de la negrura que tenía ante sí hasta que se topó con lo que debería haber sido un techo de hojas secas y paja atravesado por vigas de madera maciza, o un cielo cualquiera, o la frondosa copa de un árbol viejo, pero sólo encontró oscuridad. Una oscuridad impenetrable y asfixiante. Sus ojos recorrieron la perfecta curva que formaba la pared de aquella cilíndrica sima sin fin, moteada aquí y allá de protuberancias y oquedades, y florecieron de nuevo en ella las historias que el tabernero le había contado de aquel viejo y poderoso mago. No era capaz de entender cómo algo de aquellas dimensiones había sido creado por una única persona.

—Tienen pinta de ser de por aquí, si eso te sirve de algo —dijo al fin, con aire ausente.

Creem suspiró hondo. También había estado admirando la manufactura de aquella pared, que se elevaba tan vertical como si alguien demasiado grande y fuerte se hubiese dedicado a cortar con una perfección asombrosa toda aquella piedra con un afilado cuchillo de proporciones increíbles.

—Pues menuda faena —dijo al fin, con la vista desenfocada en un punto indeterminado—, porque si esta es su casa, seguro que van a querer defenderla de extraños como nosotros con uñas y dientes—. Lasdriel rió.

—Pues de uñas van sobrados, créeme.

El hombre la miró, se llevó la mano a la empuñadura de su espada y le dio un par de golpecitos suaves.

—¿Tienen armas?

Lasdriel seguía con la mirada perdida en lo alto del pozo, tratando de desentrañar lo que la oscuridad les escondía.

—Los dos de allí abajo no parecen guerreros, a decir verdad. Llevan ropas viejas, muy viejas y lo único que hacen es discutir, supongo —se encogió de hombros.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

—Eso mismo me estaba preguntando...

Creem suspiró hondo. Se recostó tratando de mantenerse oculto y se deslizó sobre la piedra hasta colocarse contra la pared. Ahora era él el que observaba la negrura que tenían delante. Tenía la boca torcida en una mueca de preocupación. Lasdriel supo en qué estaba pensando con sólo mirarle.

—Ese enano puede ser un poco cabrón —había recordado las burlas con las que se había cebado sobre Creem en las galerías—, pero creo que tiene más posibilidades de salir con vida de este laberinto que nosotros. Así que no te preocupes por tu mujer, estoy convencida de que es mucho más seguro estar ahí dentro que aquí abajo.

El mercenario se encogió de hombros, se sorbió la nariz y miró a su interlocutora.

—He oído hazañas increíbles sobre Dwanvelin. Me han contado historias espectaculares sobre El Gran Guerrero Barbazul —sus hombros cayeron con desánimo a ambos lados de su cuerpo—, pero también he escuchado cosas de ese enano que no me han gustado nada. Historias... oscuras, digamos.

Lasdriel se lo quedó mirando, arqueó las cejas y se encogió de hombros.

—Dudo que haya que creerse la mitad de todo lo que dicen de uno mismo —le dio un leve codazo mientras se forzaba en mostrar una sonrisa en su rostro—. Es un imbécil, pero no tiene pinta de ser un traidor o un asesino —descruzó las piernas y se puso de cuclillas—. Piensa que hasta que no consiga lo que busca, nos necesita a los tres.

Se volvió a arrastrar sobre su pecho hacia el borde del saliente y forzó su visión para atravesar la distancia que los separaba de aquel par de alimañas. Sus ojos escudriñaron cada rincón, cada oquedad, cada saliente, cada piedra en sombra, pero ya no estaban allí. Se habían largado. ¿A dónde? Qué más daba, lo más probable es que pronto lo descubrieran.

—Ya no los veo.

Creem fue arrastrándose hacia donde estaba Lasdriel, pero se detuvo al instante. No iba a servir de nada que se acercase al saliente para corroborar aquellas palabras.

—Bueno —hizo una pausa, echó un vistazo a su alrededor y acto seguido deshizo con la mirada el camino por el que habían venido—, supongo que no tiene mucho sentido que nos quedemos aquí por el resto de nuestros días.

Lasdriel estudió el voladizo rocoso que tenían a unos metros de distancia bajo sus pies. Inspiró una única vez, y se dejó caer expulsando el aire de golpe.

El mercenario sentía sus músculos agarrotados, y cada impacto al descender en la siguiente plataforma era un chispazo de dolor que se extendía por todo su cuerpo. Como un niño cada vez más pequeño. Sólo deseaba que aquello terminase pronto.

Lasdriel seguía descendiendo con la misma agilidad con la que había empezado el día. Parecía que, después de haberse recompuesto, después de haber despertado en lo alto de aquel pozo inmenso, no había nada que pudiese arrebatarse un ápice de energía. Creem, en cambio, presentía que en cualquier momento sus rodillas se iban a doblar en el sentido equivocado. Ya no saltaba como lo había hecho al principio, ahora trataba de descolgarse tan lentamente como le era posible, y antes del impacto apretaba los dientes y su cuello se ponía tenso. Por suerte ya no quedaban más plataformas a las que saltar, ni más vacíos que salvar con piruetas y cabriolas imposibles.

Ahora un camino, que nacía en la misma pared por la que habían ido bajando, descendía curvo hacia una balconada de piedra estrecha y, en su lado más occidental, se deslizaba una rampa en zig-zag hasta la enorme terraza rocosa. Más allá de los bordes, hacia el centro del enorme agujero, no se veía nada más que una honda negrura.

Pero justo debajo de ellos, una extraña luz de color ambar titilaba con suavidad formando juegos de sombras en las piedras que se elevaban del suelo que tenían en frente.

—¡Mierda! —susurró Lasdriel apretándose contra la pared del pozo.

Creem se acercó a ella medio agachado, renqueando con torpeza y arrastrando ruidosamente los pies. La elfa se giró de inmediato y le hizo gestos con un brazo para que se pegase a la pared tanto como le fuera

posible.

Al dolorido hombre no le hizo falta preguntar nada. En la misma pared en la que estaban recostados, pero varios metros por debajo, había una oquedad de la que brotaba una extraña y delicada luz que vibraba lanzando juegos de sombras que se extendían en derredor.

Y ahora si los oyó. Aunque no fueron sólo dos. Eran más, muchos más.

Hacia ellos se elevó el sonido de un golpeteo de garras raspando el duro suelo y el sonido de fricción de ropa vieja y roída. Un discontinuo cloqueo que flotaba sobre una multitud de figuras huesudas y harapientas fue inundando de forma paulatina la ancha extensión de piedra que formaba la terraza.

Tanto Lasdriel como Creem observaban, asomados con precaución desde el borde del parapeto de piedra, cómo la extraña y desacompasada columna de enclenques alimañas se iba amontonando por toda la superficie visible. El rumor de voces aumentó al tiempo que crecía el número de criaturas que se apelotonaban unas a otras, tratando de dejar espacio al resto del grupo que todavía tenía que llegar. Pronto el primer atisbo de tímidas voces dio paso a un desigual runrún, algo más denso, para convertirse, al fin, en un rumor constante y profundo.

Era curioso como unas voces que sonaban tan agudas por separado pudiesen llegar a convertirse en un mar rugiente de ecos profundos cuando el número de participantes rozaba el centenar. Y es que eso era lo que calculaba Lasdriel que había crecido aquella reunión.

El rumor que se había instaurado sobre el nutrido grupo de bestias empezó a menguar. El humano se dio cuenta de que poco a poco, tanto las luces como las sombras que danzaban en vibrante oscilación, empezaban a proyectar ángulos mucho más acentuados al tiempo que la titilante luz que proyectaba débiles sombras sobre el mar de bestias iba cobrando mayor protagonismo.

Ya sólo se escuchaba el suave raspar de uñas contra el suelo y el sonido de las telas viejas rozándose entre sí. Una tensión mal disimulada flotaba ahora sobre aquel espacio abarrotado. Todos ellos parecían moverse con nerviosismo, propinando disimulados codazos y empujones al compañero que tenían justo al lado, en frente, o detrás. La titilante luz dejó de parpadear al cruzar el umbral que daba paso al pozo, proyectando por doquier su potente resplandor al hallarse ahora en un espacio abierto. Las huesudas bestias de orejas anchas y alargadas fueron formando un pasillo desigual por el que transitaba aquel fulgor, ante el que todos

agachaban la mirada y se postraban, más o menos.

Cuando aquella bestia siguió avanzando hacia el centro de la ancha balconada, emergiendo más allá de los límites visuales que reducían la visión de ambos, Creem y Lasdriel pudieron observar, al fin, a quién rendían culto aquellos desgraciados.

Se trataba de un engendro con la misma estructura ósea y muscular que sus congéneres. Totalmente calvo y con una especie de corona hecha de hueso roído y reseco, embelleciendo su deforme cráneo, sólo había entre él y sus congéneres dos diferencias palpables a simple vista. Una de ellas era su altura, y la otra, las abultadas pieles y ropajes que vestía. Un retorcido y ondulante cayado, rematado con una piedra amarilla del tamaño de un puño que brillaba con fuerza, acompañaba el paso de sus viejas y nudosas piernas; tres patas para una bestia renqueante y febril.

Tras cojear hasta el borde de piedra que se abría hacia el centro de la sima, se detuvo y giró sobre sus agrietados talones. Encaraba ahora a la enmudecida masa, que se había ido amontonando de nuevo al rellenar los huecos del pasillo que habían abierto con anterioridad.

La luz ambarina que manaba de aquella piedra resultaba fría a la vista, pero lograba abarcar tanto como para mostrar lo que había más allá de aquél saliente. Y mostraba una especie de islote que parecía flotar en el centro de aquel enorme foso, o eso es lo que pudo ver Creem. Lo que vio Lasdriel, además, fue un ramal de puentes estrechos, ondulantes y de apariencia quebradiza que crecían desde el centro hacia la curva pared que delimitaba el diámetro del foso.

El mercenario miró a la elfa de reajo, tratando de descubrir si los gruñidos y murmullos que salían de su garganta eran de preocupación o de satisfacción.

En ese mismo momento, un lamento acerado rasgó el apacible ambiente que se había instaurado momentos antes. El contingente de alimañas desnutridas hubiera palidecido de haber tenido algo de vivez en el color de su piel.

—¿Qué ha sido eso? —El tono despreocupado que Creem había querido emplear en la pregunta había salido con más angustia de lo esperado. Lasdriel levantó un dedo y lo dejó flotando en el aire, justo en frente de sus labios. Sus ojos se entornaron un poco más y su ceño se convirtió en un cúmulo de arrugas.

Un grupo de siluetas de color dorado fue rasgando la oscuridad más allá del impenetrable límite que rodeaba el bastón del mago. Seres parecidos a aquellas bestias deformes que la elfa tenía bajo sus pies fueron poblando el circular islote de piedra que flotaba en medio del pozo

mientras de sus fibrosas gargantas surgían gritos guturales, profundos y secos como el raspar de piedras. Sus brazos eran algo más musculosos y sus miembros colgaban libres sin ningún tipo de vestimenta. Sus pieles se dibujaban escamosas y curtidas bajo el parpadeo de aquella mórbida luz. Algunos portaban collares de piedra y hueso, otros pulseras embellecidas con piezas de color mate, otros adornaban sus rechonchas narices o sus largas y bulbosas orejas con anillos de un oscuro metal bruñido. Pero la principal diferencia que había entre aquellas lejanas bestias y las que había debajo de ellos, era que las que todavía se escondían en la oscuridad portaban armas de todo tipo.

—Parece que aquí va a haber jaleo —le susurró la muchacha a Creem, que tenía los ojos rojos de tanto forzarlos para ver más allá—. Jaleo del bueno.

El hombre se la quedó mirando con el ceño fruncido, tumbado sobre su pecho junto a ella, pero la elfa ya miraba de nuevo a lo lejos, más allá de la oscuridad que para él era como una gruesa pared negra llena de secretos.

Lasdriel vio que, más allá del enorme círculo iluminado, mucho más allá, empezó a destellar un pequeño punto luminoso de color rojizo. En ese mismo momento, unas pocas voces empezaron a elevarse por encima del tenso silencio que envolvía al bando iluminado. Luego se añadieron unas pocas más. Y luego el resto. La discordante letanía de voces ásperas y chillonas se fue convirtiendo, lentamente, en una sucesión de golpes de voz rítmicos.

Lasdriel ya no miraba a lo lejos, si no hacia abajo. De reojo veía que el punto luminoso que había estado observando crecía y se iba convirtiendo en una bola de fuego carmesí, que se iba acercando al centro del enorme agujero circular, pero el auténtico espectáculo residía en aquel extraño canto de guerra. Se sorprendió a sí misma observando a aquella multitud de enfermizas criaturas con un atisbo de admiración. Ya no se pegaban codazos ni se empujaban, ya no murmuraban, ya no gimoteaban ni se movían de aquí para allá con nerviosismo. Aquello se había convertido en una danza salvaje, en un baile que infundía temor, y la coordinación que demostraban aquellas bestias era digna del más trabajado de los grupos militares élficos que hubiera visto jamás. Su corazón empezó a latir con fuerza y un creciente vigor le recorrió el cuerpo entero. Se sentía una cobarde allí arriba, observando desde la lejanía lo que prometía ser una batalla épica. Mientras abarcaba con su mirada el grueso de aquella multitud, sus ojos se cruzaron con el bastón de mando que portaba el hechicero de la tribu. Lo golpeaba de forma rítmica contra el suelo, y el resto bailaba. Los agrietados labios del brujo se movían al compás y mostraban hileras de dientes afilados y amarillentos. Su nervudo brazo subía y bajaba y con cada golpe sus músculos y tendones vibraban durante un instante, haciendo que los

viejos anillos que lo cubrían bailotearan con un ruido apagado de metal. Las pieles y los abalorios que cubrían su encorvado cuerpo temblaban, saltaban, se detenían y volvían a saltar. Una voz se había introducido en la cabeza de la elfa. Una voz amable y gentil. Una voz a la que era imposible decir que no. Por su mente cruzó la idea de abandonar el escondite, descender el espacio que la separaba de la bella e hipnotizante danza y unirse a ese mundo.

Quería formar parte de aquello, formar parte de aquella familia de bellas y admirables criaturas. Formar parte de su familia y, llegado el caso, dar la vida por ella. No había ninguna duda de que aquello era lo más lógico. Lo que había que hacer.

—¿Qué haces? —Creem le sujetó un brazo. La elfa había empezado a ponerse de pie—. ¿A dónde crees que vas? —el humano fruncía el ceño en una mueca de incompreensión.

Lasdriel se quedó mirando al humano. El brazo que tenía agarrado estaba tenso, y cuanto más fuerza hacía para soltarse, mayor era la fuerza con la que se cerraba la presa. Sopesó la idea de darle un cabezazo y partirle la nariz a aquel hombre, soltarse y bajar corriendo en ayuda de su familia.

El canto cesó. Las bestias dejaron de moverse. La luz que impregnaba a la multitud empezó a parpadear, a cambiar de tonalidad. Una oleada de asombro ascendió hasta donde estaban ellos dos, a lomos de un clamor aterrador. Entonces Lasdriel lo vió. El brujo portaba un nuevo abalorio en el pecho. Un abalorio brillante y cubierto de un oscuro color pastoso. Un adorno que le atravesaba el torso con forma de lanza de punta ensangrentada. Las bestias más cercanas se alejaron de su hechicero arrastrando los pies y elevando un sonido de roces secos de uña y piedra. El terror empezó a dibujarse en aquellos abominables rostros de esqueléticas facciones.

El cuerpo del brujo, cuyo rostro era ahora una máscara sin vida, se inclinó hacia atrás, desplomándose más allá del borde de la plataforma y cayendo inerte hacia lo más hondo de aquel pozo.

La realidad se fue asentando de nuevo alrededor de Lasdriel. Sus pulmones se cerraban y le costaba respirar, y de varios niveles por debajo ascendía un hedor que a punto estuvo de hacerla vomitar. Volvió a aplastarse contra el suelo y sintió como la mano de Creem se abría, liberando su brazo.

Primero vino un silencio extraño, incluso doloroso para los oídos. Después llegó una explosión. Casi en el mismo instante, un temblor que sacudió la sala circular. Luego cayeron unos pocos cascotes que rebotaron aquí y allá, inundando la sala de ecos de piedra. Tras una corta espera,

surgieron unos pocos gritos de miedo al ver rebotar aquellas piedras demasiado cerca. Y de nuevo el silencio. Aquel silencio extraño.

Todos miraban hacia arriba. Creem, Lasdriel y las bestias de ambos bandos. Daban vueltas, giraban sobre sus talones y contenían el aliento. Algunos esperaban la caída de una enorme bestia. Otros esperaban ser aplastados por algo grande, muy grande. El resto esperaban la muerte en cualquiera de sus horribles formas. Todos, a su manera, esperaban.

Una de aquellas bestias, tratando de desentrañar lo que la oscuridad de la inexistente bóveda les ocultaba, los vio. Dio un grito de alarma mientras su huesudo brazo apuntaba en su dirección.

Tanto el humano como la elfa se habían puesto en pie sin darse cuenta, descubriéndose del parapeto al escuchar aquella explosión. Lasdriel tenía agarrado el arco con una mano tensa, y la otra se había detenido a medio camino en busca de una flecha. Su barbilla apuntaba hacia arriba, pero sus ojos miraban de reojo hacia abajo, abiertos como platos. Creem había desenvainado su espada y su rostro poseía el mismo rictus de estupefacción que la elfa. Ambos se miraron durante un segundo eterno. Ambos maldijeron a la vez.